

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

AÑO XXXVI

NUMERO 590 - 591

BARCELONA

MAYO - JUNIO

1980



SUMARIO

EL AMOR DEL CORAZON DE JESUS ENVUELVE EL MUNDO ENTERO

(El Papa en Montmartre)

EL CORAZON DE CRISTO

REVELACION DE DIOS

A LOS CORAZONES DE LOS

HOMBRES Juan Pablo II (22-VI-79)

SANTA TERESA DE LISIEUX

HA REDESCUBIERTO

LA REALIDAD DEL EVANGELIO

(El Papa en Lisieux)

EN EL CUARTO CENTENARIO

DEL APOSTOL DE LOS NEGROS

SAN PEDRO CLAVER

Narciso Torres Riera

GOIGS DE SANT PERE CLAVER

de Mosén Jacinto Verdager

LA PASION DE PEDRO CLAVER

Fracisco Salvá Miquel

«VINO A LOS SUYOS»

Fray Antonio de Lugo

FIGURAS DE SANTA MEMORIA EN

CATALUÑA - EL CARDENAL VIVES

Y TUTO (II) Luis Creus Vidal

EN EL AÑO BIMILENARIO

DE CRISTO Y MARIA

Juan Manuel de Igartua, S. I.

LA SUMA TEOLOGICA

Y SUS CONTRASTES

CON LA CIENCIA

M. M. Doménech I.

EL CASO GALILEO

Y EL ATEISMO MODERNO

Elsa Hoerler de Carbonell

EL SANTO PROPOSITO

(Nota bibliográfica) M.A.L.S.

EL COMUNISMO DENTRO

DE LA IGLESIA

Pedro Márquez García

EL CORAZON DE JESUS

MISTERIO VIVIFICANTE

DE NUESTRA FE

(De la Pastoral de 11 de junio de 1965 de Monseñor Karol Wojtyla, Arzobispo de Cracovia)

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º - (10)

Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas

El Papa en Montmartre (1 de Junio de 1980)

EL AMOR DEL CORAZON DE JESUS ENVUELVE AL MUNDO ENTERO

«Quédate con nosotros, Señor, pues el día ya declina» (cf. Lc 24, 29). A los discípulos de Emaús les ardía el corazón dentro de sí después de haber oído explicar en el camino las maravillas del plan de salvación revelado en las Escrituras. Con la fracción del pan termina el Señor de revelárselas, resucitado, en la plenitud de su amor.

Estamos en Montmartre, en la basílica del Sagrado Corazón, consagrada a la contemplación del amor de Cristo presente en el Santísimo Sacramento.

Estamos en la tarde del uno de junio, primer día del mes especialmente dedicado a la meditación, a la contemplación del amor de Cristo manifestado a través de su Sagrado Corazón.

Aquí se reúnen día y noche los cristianos y se turnan constantemente para escrutar «las insondables riquezas de Cristo» (cf. Ef 3, 8-19).

Aquí venimos al encuentro del Corazón traspasado por nosotros, del que brotaron el agua y la sangre. Es el amor redentor, el origen de la salvación, de nuestra salvación, el origen de la Iglesia.

Aquí venimos a contemplar el amor del Señor Jesús: su bondad compasiva para con todos durante su vida terrena; su amor de predilección por los pequeños, los enfermos, los afligidos. Contemplemos su Corazón que arde de amor hacia su Padre, en la plenitud del Espíritu Santo. Contemplemos su amor infinito, el del Hijo eterno, que nos conduce hasta el misterio mismo de Dios.

Cristo vivo nos sigue amando todavía ahora, hoy, y nos presenta su corazón como la fuente de nuestra redención: «Semper vivens ad interpellandum pro nobis» (Heb 7, 25). En todo momento nos envuelve, a nosotros y al mundo entero, el amor de este corazón «que tanto ha amado a los hombres y que es tan poco correspondido por ellos».

«Vivo, dice San Pablo, en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se

Nuestros pecados nos implican en los sufrimientos del Señor

entregó por mí» (Gál 2, 20). La meditación del amor del Señor pasa necesariamente por la meditación de su pasión: «se entregó por mí». Esto implica que cada uno tome conciencia no sólo del pecado del mundo en general, sino de este pecado por el que cada uno está realmente implicado, de forma negativa, en los sufrimientos del Señor.

Nuestra consagración como respuesta al amor.

Esta meditación del amor manifestado en la pasión, debe conducirnos también a vivir de acuerdo con las exigencias del bautismo, con esta purificación de nuestro ser mediante el agua brotada del corazón de Cristo; a vivir de acuerdo con la llamada que, por su gracia, nos dirige cada día. Que ahora El nos conceda «vigilar y orar» para no caer en la tentación. Que nos conceda entrar espiritualmente en su misterio; tener nosotros, como dice San Pablo, los sentimientos de Cristo Jesús... «que se hizo obediente hasta la muerte» (Flp 2, 5-8).

El amor misericordioso de Cristo se manifiesta en su Sagrado Corazón

Así somos llamados a responder plenamente a su amor, a consagrarle nuestras actividades, nuestro apostolado, toda nuestra vida.

No estamos llamados sólo a meditar y a contemplar este misterio del amor de Cristo; estamos llamados a participar en él. Es el misterio de la Sagrada Eucaristía, centro de nuestra fe, centro del culto que rendimos al amor misericordioso de Cristo manifestado en su Sagrado Corazón, misterio adorado día y noche aquí en esta basílica, que de esta manera se convierte en uno de esos centros de donde el amor y la gracia del Señor irradian misteriosa pero realmente sobre vuestra ciudad, sobre vuestro país y sobre todo el mundo redimido.

Sentido de la adoración perpetua

En la Sagrada Eucaristía celebramos la presencia siempre nueva y activa del único sacrificio de la cruz, en el que la redención se hace acontecimiento eternamente presente, indisolublemente ligado a la intercesión misma del Salvador.

En la Sagrada Eucaristía comulgamos con el mismo Cristo, único sacerdote y única hostia, que nos arrastra en el movimiento de su ofrenda y de su adoración, El que es la fuente de toda gracia.

La revelación del Amor, del Evangelio de S. Juan a Paray-le-Monial

En la Sagrada Eucaristía —ése es también el sentido de la adoración perpetua—, entramos en este movimiento del amor de donde fluye todo progreso interior y toda eficacia apostólica: «Cuando fuere levantado de la tierra, atraeré todos a mí» (Jn 12, 32).

Queridos hermanos y hermanas: Siento una gran alegría al poder terminar esta jornada en este santuario de la oración eucarística, en medio de vosotros, reunidos por el amor hacia el divino Corazón. Rezadle. Vivid de este mensaje que, del Evangelio de San Juan a Paray-le-Monial, nos llama a entrar en su misterio. Que «saquemos todos con gozo el agua de las fuentes de la salvación» (Is 12, 3), las que manan del amor del Señor, muerto y resucitado por nosotros.

A El encomiendo también esta tarde vuestro país y todas vuestras intenciones apostólicas. Os bendigo de todo corazón.



IMSG

LA FIESTA DEL CORAZON DE JESUS ACTUALIDAD SIEMPRE VIVA

«Te he amado con amor eterno» (Jer. 31,3). Estas palabras maravillosas de la Sagrada Escritura vienen a la mente cuando la Iglesia se recoge cerca del Corazón de Jesús, meditando sus misterios. Tal devoto recogimiento abraza todo el mes de junio, pero tiene su culminación en la solemnidad del Sagrado Corazón, celebrada el viernes pasado. Hoy, en nuestra común oración del Angelus, resuena todavía fervoroso el eco de aquella solemnidad, que, en la vida de la Iglesia, tiene una secular tradición y una actualidad siempre viva. Cada uno de nosotros reflexiona sobre lo que le aproxima a aquel Corazón que tanto ha amado a los hombres.

Al escuchar la bíblica afirmación cierta del amor eterno del Señor, revelado en el Corazón de Dios = Hombre llamando a cada uno a sí, aparecen principalmente ante mis ojos los sonrientes niños, muchachos y muchachas, venidos el domingo pasado, tan numerosos, al encuentro de Jesucristo aquí en esta plaza. Pocos días ha se acercaron por primera vez a la Santa Comunión y continúan gustando la solemne atmósfera de aquel día, la cual se manifiesta hasta en su vestido. El Señor Jesús los ha acercado fuertemente a sí y los ha atraído a su Corazón. Que no se alejen jamás de El. Guarden siempre el vivo recuerdo de la primera comunión y la amistad cordial con su amigo divino. Conserven durante todo su caminar, válido y amoroso sostén en aquel Corazón que no engaña jamás.

Y, hoy nuevamente, las palabras de amor eterno con que Dios ha amado al hombre, atrayéndolo al Corazón de su Hijo Unigénito, encontrarán expresión altamente significativa en otro acontecimiento importante para el cual se prepara la venerada basílica de San Pedro: cuarenta y cinco diáconos recibirán por mi ministerio la ordenación sacerdotal. Pensando en cada uno de ellos y reflexionando acerca del sacramento del sacerdocio, que va a serles conferido, elevo mi plegaria al Eterno Sacerdote de nuestras almas, para que cada uno de estos jóvenes presbíteros halle y profundice de un modo perfecto el vínculo con el cual hace tiempo está unido al Corazón de Cristo.

Efectivamente, la vocación sacerdotal no es otra cosa que el descubrimiento del amor eterno que atrae y llama; que puede llenar de gozo exhaustivo el corazón del elegido, abriéndolo a su tiempo a todos los hermanos y hermanas que la Providencia pondrá en el camino de su ministerio pastoral. Descubra cada ordenado aún más plenamente un tal dulcísimo lazo y reafírmese vigorosamente en él. Crezcan cada vez más en número aquellos a quienes el Amor Eterno se revela en su propio corazón como el más grande; aquellos que sienten la llamada al servicio sacerdotal y la siguen sin volverse atrás.

Recitando el Angelus, invoquemos hoy a la Madre del Eterno Sacerdote por esta gran intención eclesial, y encomendemos a la vez a la Virgen María a todos los nuevos sacerdotes del mundo entero que reciban la ordenación este año.

Angelus
del
Papa
tras
la fiesta
del
Sagrado
Corazón

El Corazón de Cristo revelación de Dios a los corazones de los hombres

JUAN PABLO II (22-VI-79)

Pasado mañana, el viernes próximo, la liturgia de la Iglesia se concentra en una adoración y un amor particular *entorno al misterio del Corazón de Cristo*. Deseamos ya hoy, anticipando este día, dirigir con vosotros la mirada de nuestro corazón sobre el misterio de aquel Corazón. El me ha hablado al fin de mi edad juvenil. Todos los años vuelvo de nuevo a este misterio en el rito litúrgico del tiempo de la Iglesia.

Y noto que el mes de junio está particularmente dedicado al Corazón Divino, al Sagrado Corazón de Jesús. A El manifestamos nuestro amor y nuestra adoración mediante las letanías que hablan con una particular profundidad de su contenido teológico en cada una de las invocaciones.

LA IGLESIA COMUNIDAD DE CORAZONES HUMANOS

Deseo por eso, al menos brevemente, cerrarme junto con vosotros ante este Corazón, al que se dirige la Iglesia como comunidad de corazones humanos. Deseo por lo menos brevemente hablar de este misterio *tan humano*, en el cual *con tanta sencillez y al mismo tiempo profundidad y fuerza se ha revelado Dios*.

Hoy dejamos hablar los textos de la liturgia del viernes empezando por la lectura del Evangelio según San Juan. El Evangelista refiere un hecho con la precisión del testigo ocular.

«Era el día de la Paresceve y los Judíos, para que los cuerpos no permanecieran en la cruz durante el sábado (era además aquel sábado un día solemne) dijeron a Pilatos que les fueran quebradas las piernas, y así se dispuso. Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas del primero

y después del otro que fueron crucificados junto con Jesús. Vinieron después a Jesús, pero al ver que ya estaba muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con la lanza y en seguida brotó sangre y agua» (Jn. 19, 31-34).

LA IGLESIA Y LA HUMANIDAD MIRAN AL QUE TRASPASARON

Ni siquiera una palabra sobre el corazón.

El Evangelista habla solamente del lanzazo al costado, del que salió sangre y agua. El lenguaje de la descripción es casi médico, anatómico. La lanza del soldado ha golpeado ciertamente el corazón, para verificar si el Condenado estaba ya muerto. Este corazón —este corazón humano ha dejado de trabajar, de latir. Jesús ha dejado de vivir. Al mismo tiempo, pero, esta anatómica apertura del Corazón de Cristo después de muerto —no obstante toda la «aspereza» histórica del texto —nos empuja a pensar también a nivel de metáfora. El corazón no es solamente un órgano que condiciona la vitalidad biológica del hombre. El corazón es un símbolo. *Habla de todo el hombre interior*. Habla de lo íntimo espiritual del hombre. Y la tradición en seguida ha dado este sentido a la descripción de San Juan. Por lo demás, en cierto sentido, el Evangelista ha dado este mismo impulso cuando refiriéndose a la atestación de testigo ocular que era él mismo se refiere también a la frase de la Sagrada Escritura:

«Volvieron la mirada a Aquel a quien traspasaron» (Jn. 19, 37; Zac., 12, 10).

Así, en realidad, mira la Iglesia, así mira la humanidad. He aquí el Traspasado por la lanza del soldado, todas las generaciones de los cristia-

nos han aprendido y aprenden a leer el misterio del Corazón del Hombre Crucificado que era el Hijo de Dios.

SAN PABLO DISCIPULO DEL CORAZON DE CRISTO

Diversa es la medida del conocimiento de este misterio durante el transcurso de los siglos. El Corazón de Cristo ha tenido muchos discípulos y discípulas. Uno de los protagonistas en este campo fue ciertamente Pablo de Tarso, convertido de perseguidor en Apóstol. También él nos habla en la litúrgica del viernes próximo con las palabras de la *carta a los Efesios*. Habla como el hombre que ha recibido una gran gracia, porque a él se le ha concedido «anunciar a los gentiles las inexcusables riquezas de Cristo, y hacer resplandecer a los ojos de todos cual es su mandato de dar a conocer el misterio escondido desde siglos en la mente de Dios, Creador del universo» (Ef. 3, 8-9).

Cual es la «riqueza de Cristo» y al mismo tiempo cual es el «*eterno designio de salvación*» de Dios, «dirigido por el Espíritu Santo al hombre interior», a fin de que así «el Cristo habita por la fe en nuestro corazón» (Ef. 3, 16-17). Y cuando Cristo, por la fuerza del Espíritu Santo, habitará por la fe en nuestros corazones humanos, entonces «tendremos aptitud para comprender con nuestro espíritu humano» (o sea con nuestro corazón) cuáles son «la amplitud, la largueza, la alteza y la profundidad, y conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento...» (Ef. 3, 18-19).

EL CORAZON DIVINO ABIERTO PARA TODO CORAZON HUMANO

Para tal conocimiento hecho con el corazón, *con todo corazón humano* ha sido abierto, al fin de la vida terrenal, el Corazón Divino del Condenado y Crucificado en el Calvario.

Diversa es la medida de este conocimiento por parte de los corazones humanos. Ante la fuerza de la palabra de Pablo, cada uno de nosotros interróguese a sí mismo sobre la medida del propio corazón, «...Ante él aseguremos nuestro corazón, y cualquiera cosa que en él nos reprochemos. Dios es más grande que nuestro corazón y conoce todas las cosas» (I Jn. 3, 19-20). El Corazón del Hombre-Dios no juzga los corazones humanos. El Corazón de Jesús los llama. El Corazón de Je-

sús los «invita». A este fin ha sido abierto con la lanza del soldado.

El misterio del corazón se abre a través de la herida del cuerpo; se abre el gran misterio de la piedad, se abre la viscera de misericordia de nuestro Dios. (San Bernardo, Sermón LXI, 4; PL, 183, 1072).

Cristo habla en la liturgia del viernes: «Aprended de Mí que soy yo manso y humilde del corazón» (Mt. 11, 29).

REY DE LOS CORAZONES POR LA MANSEDUMBRE Y HUMILDAD

Tal vez una sola vez con palabras suyas, el Señor Jesús se ha referido a su propio corazón. Y ha puesto en evidencia este único rasgo: «*mansedumbre y humildad*», como si quisiese indicar que por este solo camino quiere conquistar al hombre, que mediante la «mansedumbre y la humildad» quiere ser el Rey de los corazones. Todo el misterio de Su reinado se expresa en estas palabras. La mansedumbre y la humildad comprenden en cierto sentido toda la «riqueza» del Corazón del Redentor, del que ha escrito San Pablo a los efesios. Pero también aquella «mansedumbre y humildad» *lo revela plenamente*; y mejor, nos permite conocerlo y aceptarlo; lo hacen objeto de admiración suprema.

La hermosa letanía del Sagrado Corazón de Jesús compuesta de muy parecidas palabras, de las exclamaciones de admiración por la riqueza del Corazón de Cristo. Meditémosla con atención en este día.

DEL CORAZON QUE IRRADIA LA VIDA DE LA IGLESIA

Así, al fin de este fundamental ciclo litúrgico de la Iglesia que se inicia con la primera dominica de Adviento, y pasando por el tiempo de Navidad, por la Cuaresma, de la Resurrección hasta Pentecostés, a la Dominica de la Santísima Trinidad y al Cuerpo del Señor, se presenta discretamente la fiesta del Corazón Divino, del Sagrado Corazón de Jesús. Todo este ciclo se cierra definitivamente en El: en el Corazón del Dios-Hombre. De El también durante todo el año irradia la vida de la Iglesia.

Este Corazón es *f fuente de vida y de santidad*.

22 de junio de 1979

EL PAPA EN LISIEUX

Santa Teresa de Lisieux ha redescubierto la realidad del Evangelio

EL «CAMINITO» INSPIRADO POR EL ESPIRITU DE DIOS

Me siento gozoso de que me haya sido posible venir a Lisieux con ocasión de mi viaje a Francia. Esto y aquí como peregrino con todos vosotros, queridos Hermanos y Hermanas que habéis venido también de distintas regiones de Francia junto a aquella que tanto amamos «Teresita» cuyo camino hacia la santidad está estrechamente vinculado al Carmelo de **Lisieux**. Si las personas versadas en la ascesis y la mística, y aquellos que aman a los Santos, han con-

traído la costumbre de llamar a este camino de Sor Teresa del Niño Jesús, «el caminito», que, fuera de toda duda es **el Espíritu de Dios** quien lo ha inspirado, y lo ha hecho con la misma generosidad de aquella por la que guió en otro tiempo a su Patrona la «**gran Teresa de Avila**» y por la que ha guiado —y continúa guiando— a tantos otros santos en su Iglesia. ¡Gloria le sea dada eternamente!

LOS SANTOS TESTIGOS DEL MUNDO FUTURO

La Iglesia se goza en esta **maravillosa riqueza de dones espirituales** tan espléndidos y variados como lo son todas las obras de Dios en el universo visible e invisible. Cada uno de ellos refleja el misterio interior del hombre que corresponde a las necesidades de los tiempos en la historia de la Iglesia y de la humanidad. Es preciso decirlo de Santa Teresa de Lisieux que, hasta una época reciente, fue en efecto nuestra **santa «contemporánea»**. Es así como yo la veo personalmente en el cuadro de mi vida. Pero ¿es siempre la santa «contemporánea»? ¿No ha dejado de serlo para la generación que llega actualmente a la madurez en la Iglesia? Es preciso preguntárselo a los hombres de esta generación. Que me sea sin embargo permitido notar que

los santos no envejecen prácticamente jamás, que jamás caen en la «prescripción». Quedan perpetuamente como testigos de la juventud de la Iglesia. No vienen a ser nunca personajes del pasado, hombres y mujeres de «ayer». Por el contrario son siempre los hombres y las mujeres del «mañana», los hombres del avenir evangélico, del hombre de la Iglesia, los testigos del «mundo futuro».

En efecto, todos aquellos a quienes anima el Espíritu de Dios, son hijos de Dios. Ahora bien, vosotros no habéis recibido un espíritu de esclavos para caer en el temor; vosotros habéis recibido espíritu de hijos adoptivos que nos hace clamar Abba! ¡Padre! (Rom. 8, 14-15).

LA VERDAD MAS FUNDAMENTAL DEL EVANGELIO: SOMOS HIJOS DE DIOS

Tal vez sería difícil encontrar palabras sintéticas y al mismo tiempo más emotivas, para caracterizar el carisma particular de Teresa Martín, es decir, lo que constituye el **don completamente especial de su corazón**, y que ha venido a ser por su corazón **un don particular para la Iglesia**. El don maravilloso de la sencillez, universal y al mismo tiempo único. De Teresa de Lisieux se puede decir con convicción que el Espíritu de Dios ha permitido a su corazón el revelar directamente, a los hombres de nuestro tiempo, **el misterio fundamental**, la realidad del Evangelio: el hecho de haber recibido realmente «un espíritu de hijos adoptivos que nos hace clamar «Abba! Padre!». Su «caminito» es el camino de la «santa infancia». En este camino hay algo único: el genio de Santa Teresa de Lisieux. Y hay al mismo tiempo la confirmación y la renovación de la verdad más **fundamental** y la más **universal**. ¿Qué verdad del mensaje evangélico es en efecto más fundamental y más universal que ésta: Dios es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos?

Esta verdad es lo más universal que pueda ser, esta realidad ha sido igualmente «relucida» de nuevo con la fe, la esperanza y el amor de Teresa de Lisieux. Ella ha sido en cierto sentido quien ha **redescubierto** con la **experiencia interior** de su corazón y la forma que tomó toda su vida de solamente veinticuatro años. Cuando ella murió aquí, en el Carmelo, víctima de la tuberculosis cuyos bacilos llevaba desde largo tiempo, era casi una niña. Ha dejado el recuerdo de la niña, de la Santa Infancia. Y toda su espiritualidad ha confirmado de nuevo la verdad de las palabras del Apóstol: «Ahora bien, vosotros habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos...» Sí, Teresa fue niña. Fue niña **confiando hasta el heroísmo**, y por consiguiente **libre hasta el heroísmo**. Pero es precisamente porque lo fue hasta el heroísmo, que conoció el sabor interior y también el precio interior de esta confianza que impide «recaer en el temor»; de esta confianza que, hasta en las obscuridades y los sufrimientos más profundos del alma, permite clamar «Abba! Padre!»

LA CONFIANZA FILIAL; COMUNION CON LOS SUFRIMIENTOS DE CRISTO

Sí, **ella ha conocido este sabor a este precio**. Para quien lee atentamente la **Historia de una alma** es evidente que este sabor de la confianza filial proviene, como el perfume de las rosas, del tallo que lleva también las espinas. Si en efecto «somos hijos», somos pues herederos de Dios y coherederos con Cristo, puesto que sufrimos con El para ser también glorificados con El (Romanos 8,17). Es por esto precisamente que la confianza filial de Teresita, Santa Teresita del Niño Jesús, y además «de la Santa Faz», es «heroica» porque proviene **de la ferviente comunión con los sufrimientos de Cristo**.

Y cuando veo ante mí esos enfermos y desvalidos, pienso que están asociados también como Teresa de Lisieux, a la Pasión de Cristo, y que gracias a su fe en el amor de Dios, gracias a su propio amor, su ofrenda espiritual obtiene misteriosamente para la Iglesia, para todos los otros miembros del Cuerpo místico de Cristo un complemento de vigor. Que no olviden jamás esta bella frase de Santa Teresa de Lisieux: **«En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor.»** Yo pido a Dios que dé a cada uno de esos amigos sufrientes, a los que amo con un afecto especial, el aliento y la esperanza.

LA VOCACION DE SER COMO NIÑO ARRANCA DEL AMOR ETERNO DEL PADRE

Tener confianza en Dios como Teresa de Lisieux quiere decir seguir el «caminito», donde nos guía el Espíritu de Dios: que guía siempre hacia la grandeza de la que participan los hijos

y las hijas de adopción divina. Ya desde niño, como niño de doce años, el Hijo de Dios declaró su vocación, se había de ocupar en las cosas de su Padre (cf. Luc. 2,49). Ser como un niño, quiere

decir entrar en el centro mismo de la más grande misión que penetra el corazón del hombre. Esto lo sabía perfectamente Teresa. Esta misión arranca del amor eterno del Padre: El Hijo de Dios

como hombre de una manera visible e «histórica», y el Espíritu Santo, de aspecto invisible y «carismático», la cumplen en la historia de la humanidad.

LA PEQUEÑEZ DEL NIÑO Y LA GRANDEZA DE LA VOCACION MISIONERA

Cuando **al momento de dejar este mundo** Cristo dijo a los Apóstoles: Id por todo el mundo y enseñad el Evangelio a toda criatura» (Mc. 16,15), les injerta, por la fuerza de su misterio pascual **en la gran corriente de la Misión eterna**. A partir de este momento El les deja para ir hacia el Padre, y empieza al mismo tiempo a «venir de nuevo en la potencia del Espíritu Santo» que el Padre envía en su nombre. Más profundamente que todas las verdades sobre la Iglesia, esta verdad ha sido puesta de relieve en la conciencia de nuestra generación por el Concilio Vaticano II. Gracias a ella todos hemos comprendido mejor que **la Iglesia** está constantemente «en estado de misión», lo que quiere decir, de hecho, que toda la Iglesia es misionera. Y nosotros hemos igualmente comprendido mejor **este misterio particular del corazón** de Teresa de Lisieux, la que a través del «caminito» ha sido llamada a participar tan plena como fructuosamen-

te en la más elevada de las misiones. Es justamente esta «pequeñez» que ella amaba tanto, la pequeñez del niño, que le ha mostrado ampliamente en toda su **grandeza** la misión divina de salvación, que es la misión incesante de la Iglesia.

Aquí, en su Carmelo, en la clausura del convento de Lisieux, Teresa se sentía especialmente unida a todas las misiones y a todos los misioneros de la Iglesia en el mundo entero. **Se sentía ella misma misionera**, presente por la fuerza y la gracia especiales del Espíritu de amor en todos los lugares de misión, junto a todos los misioneros, hombres y mujeres del mundo. Ella ha sido proclamada por la Iglesia **Patrona de las Misiones** como San Francisco Javier que viajó incansablemente en el Extremo Oriente; si, ella, la pequeña Teresa de Lisieux, enferma en el claustro carmelitano aparentemente separada del mundo.

INVOCACION DEL PAPA A SANTA TERESA DE LISIEUX

Me siento gozoso de poder estar aquí poco tiempo **después de mi visita al continente africano**, y ante esta admirable «misionera», rendir al Padre de la verdad y del amor eternos todo esto que por el poder del Hijo y del Espíritu Santo, es ya fruto del trabajo misionero de la Iglesia entre los hombres y los pueblos del continente negro. Querría, al mismo tiempo, si puedo expresarme así, **hacer que Teresa de Lisieux me prestase** la vista perspicaz de su fe, su sencillez y su confianza, en una palabra, la «pequeñez» juvenil de su corazón, para proclamar ante toda la Iglesia cuán abundante es la mies, para pedir como ella, al Dueño de la mies que envíe con generosidad más grande todavía, obreros para cosecharla. (Cf. Mateo 9, 37-38). Que los mande a pesar de todos los obstáculos y todas

las dificultades que encuentre en el corazón del hombre, en la historia del hombre.

En Africa he pensado con frecuencia: ¡qué fe, qué energía espiritual tenían pues esos misioneros del último siglo y la primera mitad de éste, y todos esos institutos misioneros que fundaron para partir, sin dudar, hacia ese país entonces desconocido, con el solo fin de dar a conocer el Evangelio, de hacer nacer la Iglesia! Ellos veían con razón que era esto una obra indispensable para su salvación. Sin su audacia, sin su santidad, las iglesias locales de las que venimos de celebrar el centenario y que están desde ahora guiadas especialmente por obispos africanos, no habrían jamás existido. Queridos hermanos y hermanas, ¡no perdamos este impulso!

EL ESPIRITU MISIONERO IRRADIACION DE SANTIDAD

Yo saludo en vosotros a los antiguos obispos misioneros, testigos del cielo de que hablo. Francia tiene todavía muchos misioneros en el mundo, sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares, y ciertos institutos están abiertos a la misión. Veo aquí a los miembros de las Misiones Extranjeras de París, y evoco al bienaventurado Théophane Vénard cuyo martirio en Extremo Oriente fue una luz y una llamada para Teresa. Pienso también en todos los sacerdotes franceses que consagran por lo menos algunos años al servicio de las jóvenes Iglesias encuadrados en «Fidei do-

num». Hoy se comprende mejor la necesidad de un intercambio fraternal entre las jóvenes y las viejas Iglesias, en beneficio de ambas. Sé por ejemplo que las Obras Pontificales Misioneras, vinculadas con la Comisión Episcopal de las Misiones al exterior, no miran solamente a suscitar la entrada material, sino a formar el espíritu misional de los cristianos de Francia, y me alegro de ello. Este impulso misionero no puede surgir y dar sus frutos más que a partir de una gran vitalidad espiritual, de la irradiación de la santidad.

LA BELLEZA DE LA SANTIDAD DE SANTA TERESA IMPULSA LA ACTIVIDAD MISIONERA

«Lo bello existe a fin de que nos encante para el trabajo», ha escrito Cyprian Norwid, uno de los más grandes poetas y pensadores que ha dado la tierra polaca, y que ha recibido —y conserva en el cementerio de Montmorency— la tierra francesa...

Demos gracias al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por Santa Teresa de Lisieux. Demos gracias por la belleza profunda, sencilla y pura que se ha manifestado por ella a la Iglesia y al mundo—. Esta belleza encanta. Y Teresa de Lisieux tiene un don particular para encantar por la belleza de su alma. Pero como todos sabemos, esta belleza fue difícil y creció en el sufrimiento, por

eso no deja de alegrarnos con su encanto los ojos de nuestra alma.

En Ella encanta, pues, esta belleza, esta flor de la santidad que ha crecido bajo este sol; y su encanto no cesa de estimular nuestros corazones a trabajar: «lo bello existe para que nos encante para trabajar». **Para el trabajo más importante** en el cual el hombre aprende a fondo el misterio de su humanidad. Descubre en sí mismo lo que significa haber recibido «un espíritu de hijo adoptivo» radicalmente distinto de «un espíritu de esclavo», y empieza a exclamar con todo su ser: Abba, Padre!

LA IGLESIA HA REENCONTRADO LA SENCILLEZ QUE MANA DEL CORAZON DE CRISTO

Por los frutos de ese magnífico trabajo interior se **construye la Iglesia**, el Reino de Dios sobre la tierra, en esa sustancia, la más profunda y la más espiritual. Este grito Abba! Padre! que resuena en todos los continentes de nuestro planeta, llegó por su eco a la silenciosa clausura carmelitana de Lisieux, vivificando siempre de

nuevo el recuerdo de Teresita, la que por su breve vida, tan escondida y tan rica, pronunció también con fuerza Abba! Padre! Gracias a ella la Iglesia ha encontrado de nuevo la sencillez en toda su frescura de ese grito que tiene su origen en el manantial del mismo Corazón de Cristo.

EN EL CUARTO CENTENARIO DEL APOSTOL DE LOS NEGROS, SAN PEDRO CLAVER

NARCISO TORRES RIERA

El P. Claver nació el 24 de junio de 1580 en la pequeña localidad de Verdú, próxima a Tárrega en la provincia de Lérida. A los pocos días fue bautizado en la parroquia de dicha villa. Su madre se llamaba doña Ana Corberó y su padre D. Pedro Claver Minguella, humildes labradores.

Cuando el pequeño tuvo uso de razón, advirtiéndole en él su inclinación hacia las cosas de piedad y devoción, su padre lo confió a la dirección de un hermano suyo canónigo de Solsona. De aquí es enviado a Barcelona para estudiar Humanidades. Estudió con los Padres Jesuitas en el Colegio de Belén con tan alto aprovechamiento que fue significado por el propio Obispo de Barcelona Sr. D. Ildefonso Coloma, Conde de Elda, quien al propio tiempo le confería la prima clerical tonsura y las cuatro órdenes menores.

El 7 de agosto de 1602 empero solicitó la admisión en la Compañía de Jesús. Admitida su solicitud, con el consentimiento amoroso de sus padres, fue enviado a Tarragona para cursar el Noviciado. Como era costumbre en la Compañía de Jesús, estuvo Claver tres días en el Santuario Mariano de Montserrat junto con sus connovicios, donde apenas se apartó en su oración de la presencia de la «Moreneta».

Al regresar a Tarragona hizo la profesión de los votos en la Compañía de Jesús. Luego va a Gerona para instruirse en las lenguas griega y latina, en cuyo estudio fue alumno aventajado. En el año 1605 es enviado a Palma de Mallorca como profesor en el Colegio de Jesuitas, recientemente allí abierto, llamado de Monte Sión. Allí se entrevistó con profunda emoción con el que entonces ya tenía fama de santo, y que lo fue, San Alonso Rodríguez, Hermano portero de Monte Sión, nacido en Segovia en 1531, pero trasladado a Mallorca desde pequeño. Ambos al verse se arrodillaron el uno frente al otro, y convinieron en entrevistarse cada día.

Fruto de estas mutuas visitas fueron una serie de máximas de aquel anciano religioso, máximas que Claver conservó escritas, entre las que cabe

destacar ésta: *«Para poder hacer grandes adelantos en la virtud, es preciso guardar mucho silencio, y que la boca no respire sino verdad, la paz y la edificación del prójimo»,* o esta otra, *«debe el hombre dirigir todos sus pensamientos, palabras y acciones tan solo a la gloria de Dios.»*

Fue el Hermano Alonso Rodríguez quien aconsejó a Claver ir a las Indias, puesto que este místico anciano tuvo una visión profética que no confesó a Claver. En uno de sus numerosos éxtasis vio el hermano Rodríguez a un Coro de Angeles alrededor de un trono resplandeciente que estaba vacío. Una voz misteriosa le dijo: *«Este trono es para tu discípulo Claver; esta es la recompensa de sus virtudes y del grande número de almas que debe convertir y ganar para el Cielo en las Indias Occidentales.»* Nada supo Claver de esta visión, tan sólo el consejo de ser misionero.

Claver se sintió tan entusiasmado por esta recomendación del Santo Hermano a quien llamó toda su vida su *Santo Maestro*, que en seguida escribió una carta al Padre Provincial confesándole su ardiente deseo de ir a misiones. Se le respondió que esperase y que fuera de nuevo a Barcelona para cursar los Estudios de Teología.

En 1608 comienza Claver los estudios teológicos en Barcelona bajo la dirección del P. Gaspar Garrigas. No terminados éstos todavía, renovó sus peticiones de ir a las Indias, y esta vez se le otorgó dicha licencia por parte del Padre Provincial José de Villegas. Siendo Padre General de la Compañía Claudio Aguaviva, en 1609 Claver representando la provincia de Aragón es enviado a Sevilla para embarcarse bajo la dirección del P. Alfonso de Mejía. El entusiasmo de Claver hizo que ni tan siquiera se despidiese de sus padres en Verdú.

En abril de 1610 la expedición se hizo a la mar. Durante el viaje Claver se destacó por su caridad y humildad para con todos. Al llegar a Cartagena de Indias, capital del Nuevo Reino de Granada (hoy Colombia), lo primero que hizo fue besar aquella tierra dando gracias a Dios. Ense-

guida fue enviado al Colegio de los Jesuitas en la ciudad de Santa Fe para terminar sus estudios de teología durante dos años. En su estancia en Santa Fe tuvo que encargarse de los oficios domésticos del colegio. Hacía las veces de sacristán, de portero, de enfermero, de cocinero, etc. Estudió allí con el Padre Antonio Agustín. En 1614 pasó Claver un riguroso examen con éxito equivalente al doctorado en teología. A continuación encontramos a Claver en la ciudad de Tonga para realizar allí un año de noviciado antes de ordenarse.

De nuevo en 1615 regresa a Cartagena y allí el 21 de diciembre del mismo año recibió el subdiaconado; el 23 de febrero de 1616 el diaconado y el 19 de marzo de este año el Sacramento del Orden Sacerdotal de manos del obispo de Cartagena Fr. Pedro de la Vega, dominico. Fue Claver el primer jesuita que cantó su primera misa en Cartagena de Indias, y lo hizo en el altar de la capilla de la Virgen del Milagro.

Cartagena de Indias está situada en el sur del Mar Caribe, región muy calurosa. En aquellos tiempos las aguas estancadas del río Magdalena, y las frecuentes lluvias eran el foco de un enjambre de moscas y mosquitos, cuyas picaduras causaban no pocas enfermedades. A la vez aquella región estaba dominada por la fiebre del oro. Al puerto de Cartagena llegaban traficantes de negros de nacionalidad muy diversa, pero que en común no tenían sino el afán de lucro a costa de seres inocentes e indefensos, a quienes trataban peor que a las bestias. Estos negros eran comprados por distintos mercaderes, vergüenza de la humanidad, para trabajar en las minas de oro principalmente. La esclavitud de los negros estaba entonces permitida de una forma legal y consciente por parte de la Corte española. Lejos ahora de determinar su origen y sus causas, y sin la pretensión de justificarlo, España hizo exactamente lo mismo que otras muchas canchillerías europeas.

Claver determinó dedicar su vida entera al Apostolado de los negros, siguiendo los pasos que ya había iniciado en este ministerio el Padre Alfonso Sandoval, del cual Claver se denomina discípulo. La actividad del P. Claver era incansable. Un cierto número de misas decía para aquel que le avisara de que llegaba un buque con esclavos negros. Rápidamente buscaba intérpretes, iba a los barcos provisto de alimentos y medicinas, a unos consolaba, a muchos mo-

ribundos bautizaba y a todos prometía su persona para aliviar sus penalidades. Jamás buscó medios violentos ni se presentó como un líder político.

El P. Claver visitaba a los negros en sus «*nuevas casas*» y rogaba a sus nuevos «*amos*» que trataran a los negros por amor a Dios con caridad y justicia. Muchas veces Claver tuvo que pagar el jornal a distintos negreros para poder catequizar a sus hermanos negros. Su celo apostólico no conocía límites ni se ufanaba por cuantas humillaciones pudiese sufrir.

Las casas de los esclavos negros eran cuatro paredes en donde vivían centenares de ellos amontonados sin más cama que el duro suelo. Las epidemias de viruela eran frecuentes, por lo que había muchos muertos con frecuencia. Allí iba Claver con un bastón en la mano en forma de cruz, con un crucifijo en el pecho, con una estola y los santos óleos, y con los alimentos y medicinas que podía recoger. Uno por uno los trataba Claver dando a cada cual lo que podía según la misericordia Divina. Luego hacía un pequeño altar y celebraba misa allí dentro mientras los distintos intérpretes negros iban repitiendo todo cuanto decía Claver. «*El esclavo de los esclavos*», repetía con insistencia, era su único deseo.

Su principal objetivo era siempre la salvación de las almas, lo demás lo dejaba en manos de la Providencia. Visitaba a los negros preguntándoles si estaban dispuestos y en caso afirmativo los bautizaba poniéndoles en el cuello una medalla con los nombres de Jesús y de María con el encargo de que no se la quitaran nunca. Luego con lágrimas en los ojos les enseñaba la señal de la Santa Cruz, y de rodillas les explicaba las enseñanzas evangélicas.

Tampoco le faltaba energía al P. Claver para reprimir con severidad cualesquiera actos de escándalo o de pública deshonestidad entre los negros en algunas de sus danzas o fiestas. Una de sus principales desvelos fue el de procurar que los esclavos no trabajasen los días festivos, incluso salía fiador delante de los amos para que no castigasen a sus esclavos.

El 3 de abril de 1622, a instancias del P. General de la Compañía P. Mucio Viteleschi, hizo profesión de los 4 votos, a los que Claver quiso añadir un quinto voto firmado de su propia mano, a saber, el de consagrarse todos los días de su vida al servicio de los negros.

Claver se pasaba muchas horas en el confesionario absolviendo a muchísimas almas que acudían en tropel a las sabias recomendaciones de su ministerio.

La santidad de Claver, quien buscaba la salvación de las almas mirando por el bien espiritual de cada una de ellas, *humillaba* públicamente a personas de alta alcurnia española de raza blanca, cuando iban a confesarse, puesto que si venían varones los despedía con dulzura indicándoles que no les faltarían otros confesores, y si eran señoras les advertía que su confesionario era demasiado pequeño y solamente apropiado para las negras, y si a pesar de tales invitaciones de ir en busca de otro confesor, esperaban, Claver no confesaba a ningún blanco hasta haber terminado con la larga fila de esclavos negros.

Estos y otros hechos similares hicieron aumentar el amor propio de algunas personas envidiosas que, demasiado mundanas para no ver en estos hechos la especial santidad de Claver, denunciaron a los Superiores de Claver este «*de-recho de preferencia*» que se daba a los negros en el confesionario, fundándose en que la Iglesia no debe diferenciar las razas a la hora de administrar los sacramentos. Claver hubiese podido responder que aquella esclavitud de negros que tenían delante de sus ojos y que muchos de ellos defendían era un pecado abominable ante los ojos de Dios para quien todos los hombres somos hijos suyos por igual, con los mismos derechos y deberes. Pero no, Claver aguanta, sufre, reza, confiando constantemente, a pesar de las contradicciones humanas, en la infinita misericordia y bondad de Dios. No sale de sus labios la más leve insinuación de protesta.

Sin embargo esta malévolas instigación diabólica dio sus frutos. En efecto, los superiores de la Compañía de Jesús no sólo advirtieron seriamente a Claver, sino que estaban resueltos a expulsarlo de la compañía a la que Claver tanto amaba y dio por ella, y lo hubieran hecho de no mediar en el asunto el P. General, quien, a resultas de una carta que el propio Claver le escribió explicándole las razones de índole espiritual y apostólica que movían su actuación, absolvió de toda culpa a Claver, cuya virtud y piedad santa era reconocida no sólo entre los negros, sino también entre muchísimos blancos, como es el caso de un oficial español, D. Pedro

Calderón, empleado en la Santa Inquisición de Cartagena, quien decía que desde que se había confesado con el P. Claver no se conocía a sí mismo, porque instruido en sus consejos, caminaba sin dificultad por el camino de la virtud.

Claver más de una vez había caído exhausto, víctima del cansancio, y aun así se pasaba noches enteras rezando. Dispuesto continuamente para aquel que reclamase su presencia, dormía vestido. Su celda era como una extensa farmacia llena de remedios para aliviar las dolencias de aquellos enfermos negros, a quienes visitaba en sus miserables cabañas haciendo las faenas, si preciso era, del más humilde criado.

Dios concedió al P. Claver el poder de obrar milagros, curando a numerosos enfermos y convirtiéndolos a la Santa Fe Católica. Dios le dio el poder en más de una ocasión de resucitar a muertos. Tanta era la fe y caridad de Claver que tenía por costumbre la práctica de lamer y besar las llagas más repugnantes de los negros enfermos, aunque fuesen leprosos.

Cuando ya nadie se acercaba a los negros apestados, sólo quedaba allí Claver impertérrito, junto a sus hermanos negros, y cuando algún negro moría le lloraba como si hijo suyo fuera, y cuando alguna embarcación de negreros partía de Cartagena hacia otro «*mercado*», Claver permanecía en la orilla hasta que el buque se perdía de vista rezando por los negros que se iban.

Había entonces en Cartagena de Indias dos hospitales. El primero se llamaba *San Sebastián*, confiado a los religiosos de San Juan de Dios, a quienes ayudaba tanto Claver que públicamente decían que él sólo trabajaba más que cuarenta misioneros. El segundo era el de *San Lázaro*, a donde eran destinados los negros leprosos entre quienes Claver ejercía su intenso apostolado.

A pesar de tantos y pesados trabajos fue nombrado por el rector del Colegio de Jesuitas de Cartagena *Ministro* para encargarse de la disciplina regular, y además Maestro de Novicios, oficios que cumplió con ejemplar exactitud. Convirtió a muchos apóstatas, y a no pocos herejes. Entre estas conversiones figura la de un inglés, obispo protestante anglicano, apresado en una de las galeras españolas en la bahía de Cartagena de Indias. Allí llegaban también árabes a quienes trataba Claver con suma caridad y paciencia. Con su ejemplo convirtió a muchos.

Muchas noches iba Claver recorriendo las calles de Cartagena de Indias con ánimo de ganar

almas para Jesucristo, y visitaba a los reos en las prisiones encareciéndoles en el amor a Dios, e instando a los jueces y procuradores celeridad y prontitud en las causas, para que quienes estaban esperando en la cárcel no estuviesen allí más de lo preciso y exigido por la ley. Cuando alguna vez alguien era condenado a la pena máxima, Claver estaba rezando con él hasta el último segundo.

El propio Claver compraba negros, no para hacerlos esclavos, sino para instruirlos y usar de ellos como intérpretes, dándoles la libertad a cambio; gracias a ellos Claver bautizó a 400.000 negros. Su apostolado no se limitó a Cartagena, también iba por numerosos pueblos vecinos, a las minas, plantaciones, etc., escalando montañas, pasando por la lluvia y el lodo, si era preciso, con tal de evangelizar a sus negros.

Las galeras españolas venían regularmente en septiembre a Cartagena, y allí se reunía una gran flota para transportar a España distintas riquezas de los distintos Reinos de Indias. La ciudad era entonces semillero de juego, disputas, prostitución, fraude, etc. Claver se colocaba en medio de este pésimo ambiente increpándolos al fervor y a la piedad cristiana, logrando numerosos frutos espirituales. Dios favoreció a Claver con el don de leer en los corazones de los hombres y con el don de la profecía para el bien de las almas encomendadas a su ministerio sacerdotal.

El P. Claver rezaba incesantemente imitando los dolores de Jesucristo en su pasión y cruz, bien colocándose una corona de espinas, una enorme cruz sobre sus espaldas, o bien flagelándose la espalda con un duro látigo, amén de cilicios y otros suplicios que se aplicaba. El Extasis fue otro de los dones que Dios concedió a Claver. Tenía una gran devoción a la Virgen, rezaba diariamente el Santo Rosario. Distribuía cada año entre sus enfermos negros nueve mil rosarios, recomendándoles lo llevasen colgado en el cuello.

Tanto era su amor a los negros que llegó a pedir a sus superiores lo enviaran a la Guinea africana para convertirlos a todos. La fama de Santidad de Claver aumentaba de día en día. Cartagena de Indias pasó de ser una ciudad corrompida a una mansión virtuosa gracias a Claver, y no había nadie que pasase por allí que no fuese a visitarlo, incluso obispos y vicarios iban a pedirle consejo.

En el año 1650 se propagó una terrible peste por aquellas tierras. Claver, a pesar de su avanzada edad socorre a los enfermos con tanta ilusión y alegría como en los primeros años de su apostolado. Pero esta vez la peste enfermó al Santo Claver de gravedad. Se consideró prudente administrarle el sagrado viático. Claver, apenas sin fuerzas, quiso recibir al Señor de rodillas, pero se lo impidieron. «*Mis pecados, decía, son los que han traído la peste a esta ciudad.*» Y estando como estaba, todavía llamaba a uno de sus hermanos negros para que lo flagelase y pusiera los cilicios.

Antes de morir quiso despedirse de los leprosos de San Lázaro. A este efecto encargó un caballo, con tan mala fortuna que cayó de él durante el trote que la bestia emprendió llevándose a Claver a rastras por el suelo. Milagrosamente Claver no sufrió lesión alguna. Llegó por fin al hospital y se despidió de sus enfermos predilectos.

Uno de los religiosos jesuitas de Cartagena, deseando contentar a Claver le regaló la biografía del santo hermano Alonso Rodríguez, que acababa de recibir de España. Al ver el libro exclamó con lágrimas en los ojos alabanzas a Dios. Uno de los adornos de la celda de Claver desde que llegó a las Indias fue el retrato del hermano Rodríguez.

Dios le comunicó al P. Claver el día de su muerte, por lo que encargó al hermano Nicolás González que su cuerpo fuese enterrado cerca de su confesionario, pero el hermano le respondió que lo depositarían en la Capilla del Santo Cristo. El día 6 de septiembre de 1654, tras unas fuertes calenturas ocasionadas por la fiebre, se despidió de todos, y entró en agonía. Todavía su corazón latió hasta el día 8 del mismo mes, martes; mientras repetía los dulcísimos nombres de Jesús y de María expiró a la edad de setenta y cuatro años.

El 21 de septiembre de 1851, lo beatificó el Papa Pío IX, y el 1 de enero de 1888 lo declaró Santo, juntamente con el hermano Alonso Rodríguez, el Papa León XIII. (*Para ampliar sobre el tema, véase en CRISTIANDAD un número monográfico sobre el P. Claver titulado LA IGLESIA Y LA ESCLAVITUD, n.º 83 publicado el 1 de septiembre de 1947.*)



GOIGS DE SANT PERE CLAVER

MOSÉN JACINTO VERDAGUER

Puig lo Cel vos ha enviat
com un altre Xavier,
Gloriós Pere Claver
dáunos vostra caritat.

En ton cel, Esglesia Santa,
quin sol brilla tan hermós
es llum clara y clarejanta,
oh, Claver, la llençau vós
Gloria a Deu, que bondadós
aqueix astre'ns ha enviat.

De la terra catalana
vós nasquereu en lo cor,
de familia cristiana,
tal es l'arbre, tal la flor.
Tu ets, Verdú lo gerro d'or
d'aqueix Lliri immaculat.

Son cor d'angel veu María
y del seu amor l'ompli;
y dantlo a la Companyia,
«fesmen, diu, un serafí;

per mirall se'l escullí
lo meu Fill crucificat».

Fill d'Ignasi, un jorn visita,
Montserrat, ton camaril,
a la Reyna que hi habita
que la'n troba de gentil.
A sos peus se postra humil,
mes l'humil serà exaltat.

Transportat a l'alta Gloria,
un trono Rodríguez veu;
—En eix trono de victoria
qui hi seurá? —demana a Deu.
—Hi seura'l Dexeble teu
que a tal premi está cridat.

Ja l'Amèrica us demana
per posarvos en son cor,
flor hermosa catalana
del jardí del Salvador.
Tot un món corre a l'olor
de la vostra santedat.

Negres l'Àfrica li envia,
L'Àsia turchs a convertir,
cors malats de l'heregia
li darà Europa a guarir.
Fa l'Amèrica florir
son ardent Apostolat.

Per salvar los pobres negres
vos heu fet lo seu esclau;
de sos cors tristos ó alegres
vós, Claver, teniu la clau;
quants cents mils ne batejau,
que a l'infern n'heu arrenecat.

En les llagues canceroses
vostre llavi s'imprimí;

les llagues vos eren roses,
l'hospital vostre jardí.
Al que es pert obriu camí,
dau consol al desterrat.

Cartagena conmoguda
crida un dia: 'l Sant se mor,
Tot en ella en dol se muda;
sa alegria en greu tristors;
Vós pujau al trono d'or
a Rodríguez revelat.

Vostres mans tot mal guariren,
lo vinent vostre ull preveu,
del sepucré'ls morts sortien
cridats per la vostra veu;
fins lo vostre vell manteu
maravelles mil ha obrat.

Vós a tots los que pateixen
los teniu en vostre cor,
y als que ingrats vos aborreixen
los amau amb més amor.
Lliurau lo cós de dolor
y l'anima de pecat.

A dos mons il·luminareu,
un y altre us volen seu;
a dos segles admirareu,
tal virtud vos doná Deu.
Per l'escala de la creu
cel amunt quan heu pujat.

Nostra Espanya en vós espera,
Catalunya més de cor;
prega a vós la terra entera,
dels esclaus deslliurador.
Del dimoni sou terror,
de Jesús fidel Trasllat,
Gloriós Pere Claver
dáunos vostra caritat.

LA PASION DE PEDRO CLAVER

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL

Cuando, un lejano día de septiembre de 1654, Pedro Claver moría en Cartagena de Indias, la muchedumbre irrumpe en la iglesia donde reposa su figura blanca de pureza y de muerte, y se abalanza sobre el catafalco en busca de reliquias. Un joven, más audaz, había entrado antes en la habitación, inmediatamente después de la muerte del apóstol, y le corta un dedo para guardarlo como reliquia. Los superiores, junto al lecho del muerto, le obligan a devolver la reliquia hurtada.

Pero en la iglesia los religiosos no se bastaban para contener a la masa, y aun se dice que en un momento extremo hubo que llamar a la tropa. Era un hecho que Claver había obrado milagros en vida. Se le atribuían incluso resurrecciones. ¿Qué es lo que no iba a hacer ahora desde el cielo? Entran en la iglesia en tropel. Acarrear enfermos. Quieren que les toquen las manos del santo. Es un desbarajuste. De lo que nos cuentan los biógrafos deduzco que los jesuitas del Colegio de Cartagena debieron de pasar un mal rato. Afortunadamente hallábanse allí los agustinos. Unos y otros se ven obligados a alejar a la muchedumbre, que hubiera despedazado al santo, hambrienta de poseer una reliquia, blandiendo los cirios y amenazando a los tumultuosos devotos con la punta de sus llamas.

¿Qué había ocurrido? Tiempo antes, Pedro, debilitado por sus extremas austeridades, Claver había contraído la epidemia que azotó a Cartagena. De momento, no muere. Queda afectado de una parálisis temblorosa que agita sus miembros. Pero este achaque no le impide atender a los que quieren confesar. E incluso se hace llevar a un bajel cargado de negros que necesitan de su presencia.

Peró, ¿por qué ese afán de sacrificio, por qué esa necesidad, casi física, de hacer expiación? Repasando la vida del santo, hallo dos fuentes de esta actitud: la gran devoción a la Pasión de Cristo; la continuación de la Pasión en tantos infelices y desgraciados.

Teólogos hubo en aquel tiempo que condenaron la esclavitud de los africanos. El negro

tratado a puntapiés. Sobre sus espaldas, desnudas, los latigazos abren heridas y llagas. Cristo fue tratado así: insultado, befado, abofeteado, golpes, escupitajos. Lo mismo hacen ciertos dueños de corazón duro con la mercancía morena. Las llagas son pasto de los insectos, tan abundantes allí, y a veces aparecen gusanos.

Si unos pobres infelices, de alma ingenua, por el solo pecado de haber caído en manos de un tratante, han de sufrir increíblemente, y si Cristo padece en ellos, si la Pasión ahora se repite, ¿va a quedarse tan orondo en su convento el P. Claver sin administrar a sus miembros una corrección que los sujete? Ya la sola estancia en Cartagena era un martirio. Hacía seis meses de un calor seco y asfixiante. Innumerables moscas y mosquitos constituían una molestia ininterrumpida. Entre las virtudes del santo se ha registrado la de soportar sin queja las picaduras de esos insectos, de las que no hacía nada por liberarse. Eran corrientes las fiebres y las epidemias. Y el P. Claver —como observa su biógrafo Ledos— pudo decir que, como ejercicio de paciencia, el mero hecho de vivir en Cartagena era una prueba suficiente de constancia.

Cuando llegaba a algún lugar para predicar una misión, elegía la peor vivienda, alguna casuca abandonada por sus moradores por su mal estado. Por espíritu de mortificación, rechaza las invitaciones a comer en mansiones acomodadas, y, si alguna vez acepta manjares delicados, los guarda para darlos a los pobres. Se alimentaba con arroz mal cocido o crudo, con un poco de agua, y los días de ayuno la máxima parquedad —dícese que llegaba a no probar bocado—. A veces, acepta, en las casas de los negros, una croqueta de maíz, con ajo y limón.

Se complacía en mortificar el sentido del gusto, rociando sus alimentos con ceniza o mezclándolos con hierbas amargas. Vestía con pobreza: sotana descolorida; sombrero, como el de un mendigo. Para celebrar misa, usaba los ornamentos más viejos.

Su celda es pobrísima. La cama, un taburete donde se sentaba y una silla rota. Cuando alguno

de los negros que le sirven de intérprete cae enfermo, lo lleva a ella, lo acuesta y él duerme en el suelo. Se complace en los trabajos más humildes: barrer, sustituir al portero. Soporta, sin quejarse, las injurias, los reproches, los malos tratos. Desea verse despreciado. Practica la obediencia. «Mande lo que mande el superior —afirma— por peligroso, difícil o penoso que sea, elevaré el corazón a Dios, advertiré y tendré en cuenta que es Dios quien me lo manda y ordena, y como una obra mandada por Dios y no por el hombre, la realizaré sin dilación, con una obediencia ciega, una diligencia angélica, considerando una gran gracia de Dios que me la mande y se digne servirse de mí.»

Obedecía con gran sencillez. Se produce un altercado.

Alguien ha peleado con uno de los intérpretes negros al servicio de Claver. ¿Quién será el culpable? El superior, P. Juan de Arcos, le echa a él la culpa. Y lo tiene durante una media hora arrodillado en el refectorio. Todos le mandan. No cuesta que Claver vea en el prójimo, aun en la persona más humilde, a un superior. En la sacristía, el hermano sacristán; en la portería, el portero; en el refectorio, el prefecto, el cocinero...

Su cuerpo era un árbol sacrificado: disciplinas, cilicios... Sacrificado como en la cruz: esa crucifixión que contemplaba en las láminas de la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo* del Padre Bartolomé Ricci. Tenía la celda rodeada de imágenes de la Pasión. Pero él supo verla en el martirio de los negros. Alfonso Sandoval decía que el apostolado de éstos es uno de los ejercicios que más aprovechan a la caridad, pues un ministerio de gentes humildes produce corazones humildes.

El Santo, que a los cuatro votos de la Compañía había añadido un quinto, que se resumía en la firma: *Petrus Claver, Aethiopum semper servus*, había podido contemplar el calvario de esos inocentes. Como niños, niños a los que hay que bautizar. Niños que son cazados en Africa, amontonados en las bodegas de los barcos, contraen enfermedades, epidemias... A la llegada de un barco, Claver acude para ayudarles física, espiritualmente... Aquellos infelices están desesperados. Creen que los blancos les van a dar muerte. Algunos se echan al mar. Otros intentan dejarse morir de hambre. Cuando temen la aparición de un enemigo cruel, surge la figura bon-

dadosa de aquel hombre que los abraza, los alienta, les da ánimos, les devuelve el deseo de vivir...

La vida ya no será tan mala entre los blancos cuando existen hombres buenos como aquél. La Pasión continúa. Si Claver extrema su bondad, hay colonos de entrañas de piedra que los explotan a latigazos. Apenas si les visten. Una comida irrisoria. Les hacen trabajar de noche e incluso los domingos. Y, si alguna fiesta les dan, se compensan no dándoles la comida. Cuando el esclavo es viejo o ya no sirve, le conceden la libertad, pero dejándoles en la miseria.

Esos esclavos insultados —sus dueños les llaman perro, bruto, caballo— sienten este trato moral más que los palos y violencias físicas. Cuando estalla una epidemia, no le importa el olor a putrefacción que se respira en algunas de las grandes cabañas donde se hacinan los negros apestados. Les besa las llagas. Les arregla la cama. Los tiende encima de su manteo, que después aparecerá salpicado de suciedades.

Su técnica de apostolado, que es censurada por algún superior, al que sin embargo obedece prontamente, es de una absoluta simplicidad. Antes de bautizar a los negros, les predica valiéndose de lo que hoy llamaríamos medios audiovisuales. Un pendón con la figura de Cristo crucificado derramando sangre que sirve para lavar en el bautismo a los negros. Cada bautizado recibe de Claver una medalla de plomo o cobre en cuyo anverso está escrito el nombre de Jesús y en el reverso el de María.

Durante la Cuaresma, se entregaba, si era posible, todavía más a sus hermanos los esclavos. Salía a la calle en su busca, los reunía en la iglesia, se entregaba a confesarlos, no aceptaba penitentes de raza blanca, aunque a fuerza de terquedad algunas damas consiguieran confesarse con él. Si adivinaba que algún penitente no tenía verdadera contricción, se levantaba del confesionario, lo tomaba de la mano, y blandiendo en la izquierda su crucifijo, lo arrodillaba ante el Cristo, rezaba con él el acto de contricción, le hacía repetir: «Señor, os amo mucho».

El apostolado entre toda clase de enfermos —aquí no hacía distinción de razas—, y entre criminales y condenados a muerte, completaban el cuadro de las «miserias» de Claver, «miserias» de donde arrancaba el hambre de negarse a sí mismo y la búsqueda de una nueva Pasión martirizada.

«VINO A LOS SUYOS...»

FRAY ANTONIO DE LUGO, O.S.H.

La Encarnación del Hijo de Dios es una verdad revelada que la Iglesia, con magisterio infalible, propone a nuestra fe, y que debe ser admitida, «eodem sensu, eademque sententia». El Evangelista San Juan lo afirma categóricamente, cuando escribe: «Y el Verbo se hizo carne» (Jn. 1-14); en su primera carta repite: «Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos, y palparon nuestras manos tocando al Verbo de vida, porque la vida se ha manifestado, y nosotros hemos visto y testificamos y os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y se nos manifestó...» 1.ª Jn. 1-1, 2). Todo, en los Sagrados Evangelios, nos habla de la Persona de Jesús, de su Mensaje de salvación, de sus palabras, milagros, actitudes, etc.; lo humano encubre al Verbo eterno, Dios como el Padre y el Espíritu Santo. No menos claras son las Epístolas apostólicas, especialmente San Pedro, San Pablo, San Juan y los Hechos de los Apóstoles; el testimonio de tales documentos es tan fehaciente que no se puede negar su genuina historicidad, sin poner en peligro el talante científico de los detractores.

Los Símbolos de la fe; los Sagrados Concilios Ecuménicos de Nicea (325); Constantinopla (381); Efeso (431); Calcedonia (451), por citar algunos muy sobresalientes; los Santos Padres y el constante Magisterio de la Iglesia, siempre han expuesto con autoridad, y defendido contra los herejes, el hecho de la Encarnación del Hijo de Dios, y por tanto, las dos naturalezas subsistentes en la Persona divina del Verbo; lo mismo que la perpetua virginidad de María Santísima, tan íntimamente ligada a la Persona de su Hijo y a su obra redentora; con toda propiedad debe ser llamada «Theotocos», es decir, Madre de Dios. El Evangelista San Lucas, describe al detalle, el hecho de la anunciación a la Virgen, el Nacimiento de Jesús en Belén, y otros acontecimientos de la infancia del Señor. En efecto, el Verbo que, según San Juan, «era Dios», «vino a los suyos», pero «los suyos no le recibieron» (Jn. 1-11). Para ahon-

dar en las referencias de San Lucas, es preciso tener a la vista, el texto de San Juan. La lectura de San Pablo, ayuda a profundizar en la contemplación del misterio de Cristo, que como escribe a los filipenses, «semetipsum exinanivit, formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus et habitu inventus ut homo. Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis...» (Fil. 2-7 = 9); es, en verdad impresionante la afirmación, «se anonadó... se humilló...». ¡Qué abismos de humildad se abren ante nuestros ojos, y son como fundamento y estímulo de piadosa contemplación!» Asumió, escribe San León, la forma de siervo, sin la mancha del pecado, enriqueciendo lo humano, por el que se manifestó visiblemente, quien de por sí era invisible, y por el que aceptó la condición común de los mortales, quien era el Creador y Señor de todas las cosas, fue una inclinación de su misericordia, no una pérdida de su poder. Por tanto, el que subsistiendo en la categoría de Dios hizo al hombre, ese mismo, se hizo hombre en la condición de esclavo... El mismo que es Dios verdadero, es también hombre verdadero. No hay en esta unión engaño alguno, pues la limitación humana y la grandeza de Dios, se relacionan de modo inefable» (Epístola ad Flavianum). No basta el estudio y la reflexión, hechos por supuesto, a la luz de la fe; es preciso, la amorosa contemplación, que nos haga gustar, lo que, si Dios no hubiera revelado, jamás el hombre pudiera imaginar siquiera. El misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, por su misma grandeza, nos sitúa ante nuestra indigencia, ante nuestra radical pobreza y limitación, no menos que, ante la misericordia infinita de Dios. Oigamos a S. Agustín: «¿Qué ser humano podría conocer todos los tesoros de sabiduría y de ciencia, ocultos en Cristo, y escondidos en la pobreza de su carne?... El, que era único Hijo de Dios, convirtió a muchos hijos de los hombres en hijos de Dios... ¿Pues, qué son aquellos tesoros de sabiduría y de ciencia, o para qué sirven aquellas riquezas

divinas, sino para colmarlos?... Si no podemos contemplar todavía al que fue engendrado por el Padre, antes del lucero de la mañana, tratemos de acercarnos, al que nació de la Virgen, en medio de la noche» (Sermón 194, 3-4). La humildad más sincera brota en el alma, como fruto de la silenciosa contemplación de un hecho, humano-divino, que ha transformado la historia de la humanidad; es el mismo Señor, quien nos dice: «Aprended de Mí, a ser mansos y humildes de corazón», y sabemos que «los mansos poseerán la tierra», según la enseñanza del mismo Divino Maestro; Dios da su gracia a los humildes, a la vez que rechaza a los soberbios; las palabras de Jesús recogidas por el Evangelista, son una lección profunda: «Gracias te doy, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes del mundo, y las has revelado a los pequeños» (Lc. 10-21). Ante la sapientísima disposición de Dios, San Bernardo exclama: «Aprende hombre a obedecer; aprende tierra a sujetarte... Avergüénzate, soberbia ceniza; Dios se humilla ¿y tú te ensalzas? Dios se sujeta a los hombres, ¿y tú anhelando dominar a los hombres, te prefieres a tu Autor?... (Homilías sobre la Virgen Madre). Verdaderamente, los caminos de Dios son bien distintos de los caminos de los hombres, como el Señor dijo por el Profeta. Es posible que si nosotros hubiéramos de llevar a cabo la redención del hombre y su salvación, hubiéramos procedido, a buen seguro, de otra manera; los planes de Dios son siempre adorables, y por eso, con gran admiración, confiesa el Apóstol: «¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque, ¿quién conoció el pensamiento del Señor? o ¿quién fue su consejero? o ¿quién primero le dio, para tener derecho a retribución? Porque de El y por El y para El, son todas las cosas. A El, la gloria por los siglos. Amén» (Roma. 11-33=36).

Vino a los suyos, la «Luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo» (Jn. 1-9), pero los suyos «prefirieron las tinieblas a la luz», y no le recibieron; hoy, como entonces, tampoco se le

recibe, y lo que es todavía peor, muchos después de haberle recibido lo rechazan y le gritan: «Nolumus hunc regnare super nos», como aquellos siervos perversos que menciona el texto sagrado. El nacimiento del Niño de Belén nos invita a penetrar, con fe y amor, en el luminoso Misterio de Cristo, que, como leemos en el libro inspirado, es «mysterium absconditum a saeculis in Deo»; es el eterno amor del Padre, que se derrama sobre nosotros, en su Hijo, y así, «a los que le recibieron, les dio la posibilidad de ser hijos de Dios» (Jn. 1-12). Enseña el Apóstol que, «cuantos hemos sido bautizados, nos hemos revestido de Cristo»; en El, el Padre nos ama, y nos llama a la divina filiación, ya que, «llegada la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que recibiésemos la adopción, y por ser hijos, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que grita: «Abba», ¡Padre! De manera que ya no somos siervos, sino hijos, y sí hijos herederos por la gracia de Dios» (Gal. 4-4=7). En verdad, somos hijos, en el Hijo, en Quien el Padre «tiene sus complacencias». Sólo el Espíritu de Dios, que «penetra etiam profunda Dei» (1.ª Cor. 2-10), con sus dones preciosos, nos concede gustar «cuan suave es el Señor», y nos hace orar en fe, muy aquilatada y pura; El nos introduce en aquella «espesura de la sabiduría y ciencia de Dios», no obstante los velos que lo ocultan; como a Moisés, a quien, como dice la Escritura, Dios se comunicaba en la nube; así nosotros, debemos también penetrar en la «sagrada tiniebla», sólo en fe, se comunica el Señor al alma, y tanto más cuanto ésta sea más viva y operante por la caridad sobrenatural. Escuchemos, para terminar, al Papa San León el Grande: «Reconoce, cristiano, tu dignidad, y puesto que has sido hecho participa de la naturaleza divina, no pienses volver con un comportamiento indigno a las anti-guas vilezas. Piensa de qué Cabeza y de qué Cuerpo eres miembro. No olvides que fuiste liberado del poder de las tinieblas, y trasladado a la luz y al reino de Dios» (Sermón de la Natividad del Señor).

¡HEMOS TENIDO GRANDES SIERVOS DE DIOS!

Figuras de santa memoria en Cataluña

IV

EL CARDENAL VIVES Y TUTÓ

(II)

Su infancia

Nació el día 15 de febrero de 1854 en San Andrés de Llavaneras. La familia de un modesto carpintero. Ya en esto, como dijimos en nuestro anterior artículo, tenía un Modelo a Quien imitar.

Su padre, José Vives, y su madre, Catalina Tutó. Con cuatro hermanos. Afanoso de mejor porvenir para sus hijos, aquél, muy laborioso, trasladó su taller a Mataró, muriendo cuando José, Félix, Jaime Vives (que tales fueron los nombres que se impusieron en el bautismo) tenía sólo 11 años, siguiéndolo, poco después, su santa madre, atendida por su hermano Joaquín, cuando ya José estaba camino de América como joven misionero capuchino novicio.

Huérfanos y casi abandonados, recibieron la protección de su tío, los cuatro hermanos, del P. Rafael Vives, de las Escuelas Pías ya entonces famosas en la ciudad del litoral, así como la del benemérito beneficiado parroquial Rdo. D. Juan Ferrer.

Con su hermano mayor Joaquín, fue admitido como monaguillo-alumno del Colegio, hasta el año 1867, alcanzando, en tan tierna edad, constantemente el «meritissimus». Sintióse tempranamente llamado por Dios, y por circunstancias providenciales, aprovechó la circunstancia de pasar por Mataró el P. General de los Capuchinos de España, el P. Segismundo de la misma Ciudad, obteniendo presto la gracia de ser admitido en dicha orden. Al Padre General no se le ocultaron los dotes del entonces aun adolescente: tenía tan sólo catorce años y medio.

Su primera singladura a América. Aventuras providenciales

Muy necesitada andaba la Orden de allegar vocaciones, sobre todo para Ultramar, y muy pronto

le vemos, con otros compañeros, llenos de santa unción, salir de Saint Nazaire el 8 de mayo de 1869 para Guatemala. Mientras atravesaba el Atlántico, moría su buena Madre, siempre asistida por Joaquín, el cual, libre desde aquel momento, también seguiría su vocación religiosa. Y en la misma Orden Capuchina, donde alcanzaría elevados cargos: joven aún, el de Comisario Apostólico de los Capuchinos de España, pese a su humildad y modestia que siempre le inclinaron a ocultarse al lado de su grande hermano.

Llegado a la Antigua, de Guatemala, vistió el hábito de Capuchino —que había de llevar siempre, aun en su dignidad de Cardenal— el 11 de julio de 1869, bajo la dirección del P. Segismundo de Mataró. En honor de su primer santo protector de su infancia, cambió el nombre de José por el de José de Calasanz. Más tarde, aun en los esplendores de la púrpura, sería llamado a voces el Padre Calasanz de Llavaneras.

Y alternó prematuras funciones apostólicas de misionero con su propia enseñanza.

Cumplido el año de noviciado hizo la Profesión simple (12 julio 1870) en la Antigua. Hasta que en 1872 se produjo la expulsión de todos los Capuchinos y otras Ordenes religiosas de Centro América. Las sectas volvían a dominar en los Gobiernos.

Es notable que su Gobierno tuvo grandes trabajos. Los indios, amantes de los Padres, sus instructores y protectores, los protegían y repelían a los soldados. Hasta el punto de que el Gobierno tuvo que enviar artillería para ahuyentar a los fieles y agradecidos naturales. Embarcados brutalmente, sin dejarles llevar más riquezas que la ropa puesta, llegaban, pobres como su Maestro, a San Francisco de California.

En Francia

Bastante tiempo estuvieron en los Estados Unidos acogidos caritativamente primero por los Padres Jesuitas, y después por almas buenas. Es notable remarcar que aquí el aun jovencísimo José Calasanz aprendió el inglés —¡bien aprovechado!— que más tarde había de serle precioso para sus altos vuelos. De allí pasaron a Francia, a Toulouse, siempre siguiendo al P. Segismundo.

Su corazón quedaba en América. Por ello, cuando fueron llamados al Ecuador que el insigne Presidente-Mártir García Moreno, en 24 de mayo de 1875, volvían a embarcarse en Burdeos, dando la vuelta por el Cabo de Buena Esperanza. Mas ¡ay! al llegar a la República, acababa de consumarse el martirio del Presidente. La estancia de Fray Calasanz fue un martirio, y ello, unido al estado de su salud —siempre fue enfermizo, sobrellevando con gran entereza sus ¡disminuciones físicas!— hicieron que hubiese de renunciar a su ideal misionero (¡Dios lo destinaba para otro tipo de misiones!), atravesando por cuarta vez el mar, y regresando a Toulouse, donde, el día 26 de mayo de 1877, a los veintitrés años, y ya aureolado con tal ejecutoria de trabajos, fue ordenado sacerdote por el Emm. Cardenal Desprez.

Y, cosa maravillosa, ¡dos años después, a los veinticinco años, aun y siendo español, era nombrado Director del Seminario Seráfico y Guardián del Convento de Toulouse! Durante tres años se familiarizó tanto con Francia y con su lengua, que, más tarde, en Roma, había de convertirse en el mejor Consejero y refugio de cuantos religiosos de la vecina Nación acudían a su alta instancia para consultar sus asuntos.

En España

Mas no habían acabado las peripecias de su agitada vida. En 1880, el Ministerio de Jules Ferry decretó la supresión de las Órdenes Religiosas, y, repitiéndose, en nuestro culto y vecino país, los tristes espectáculos de Méjico, toda la policía de ciudad de Toulouse, gendarmería y trescientos hombres de la tropa, forzaron la verja de la Residencia. Y salió, trasladando solemnemente, con santa entereza, el Santísimo Sacramento al Seminario de San Luis, entre dos hileras de fieles.

Tres meses después, el Padre Calasanz, con sus religiosos y alumnos, entraban en España.

El volvía a su amada tierra. Ya veremos que no por mucho tiempo.

Guardián del convento de Igualada

Después de su paso por Barcelona, nuestro Padre Vives era recibido en Igualada el 2 de febrero de 1881 en el convento que puede decirse se debe a su fundación.

Hasta 1884 se dedicó profundamente a su labor, alternando la vida monástica, con las misiones populares y comenzando ya, pese a su juventud, a publicar sus primeros Compendios de Teología, Derecho Canónico, etc. Reanimó nuestras Terceras Órdenes. Es de notar que incluso intervino, como árbitro pacificador, en numerosos conflictos sociales y huelgas que ya se producían en aquella zona, convertida en fabril.

Y ahora veremos como la Providencia iba disponiendo sus caminos. Desde que las Órdenes religiosas sufrieron, en todas partes, tantas persecuciones, por la Bula «Inter graviores», los Capuchinos —como otros, creemos— formaban una jerarquía nacional autónoma de los superiores de Roma. Pero existía un movimiento unánime hacia la unidad. El Padre Calasanz recogió este anhelo, con la ventaja de que su —ya antes citado— hermano Joaquim era Comisario Apostólico de España, y ya en 1883 se trasladó a Roma. Puede decirse que, en su mayor parte gracias a sus gestiones y estudios, el antiguo Comisariado de Capuchinos en España se constituía en Provincia Ordinaria de la Orden.

¡¡En Roma!!

El P. Bruno de Vinay, Procurador General de la Orden, estaba tan admirado del saber y de la virtud del Padre Vives, que ya no lo dejó escapar. Lo retuvo a su lado como Secretario; como tal, esta vez del P. Bernardo de Andermatt, Ministro General, había de volver a España en visita canónica. Pero la Providencia, a nuestro Siervo de Dios, lo quería definitivamente romano (aun cuando Visitador de España).

En el Centro de la Iglesia Católica halló su vocación: ¡el servicio próximo a su gran amor, el Papa! ¡Su «tercer gran amor» después de la Eucaristía y de la Santísima Virgen!

Y remarcan, con cierta santa «malicia» sus biógrafos, que cabría apostar que aquel hombre, que consagrado a sus labores, a sus consejos, y a pro-

ducir una bibliografía de inverosímiles dimensiones para un solo autor (una fecundidad increíble) había de limitar su sueño a 4 horas, no tuvo un momento, en los 30 años que le quedaban de vida, para visitar, siquiera, un museo de los de la Ciudad Eterna, o en solazarse en sus bellezas y obras de arte únicas!!

Una continua oblación. Siempre enfermizo e incansable. Así dice su biógrafo, el P. Antonio M. de Barcelona.

No nos va a quedar espacio para resumir su vida. Fue Consultor del Santo Oficio, de la «Propaganda Fide», del Concilio, de los Negocios Eclesiásticos Extraordinarios, etc.

Limitándonos a sus actuaciones más brillantes, diremos que fue el gran asesor del gran Papa León XIII en la famosa cuestión (Movimiento de Oxford) de las Ordenaciones Anglicanas. Con harta dolor de su corazón —pues su bondad atraía a todos, comenzando por las mismas jerarquías protestantes, más de una de las cuales le veneraba— hubo de llegar a la conclusión de que las Ordenaciones citadas eran inválidas. Sobre el voto de Vives, publicó León XIII su «Apostolicae Curiae».

Una vez abandonó Roma: enviado por el Papa a Suiza, para lograr la unión entre los católicos del Tesino. Su éxito fue tan santo como diplomático.

Aun reinando León XIII, la acción del aun entonces humilde Capuchino llega a su cénit. Es encargado de la Organización del Concilio Plenario Latino-Americano que reunió, durante un mes y medio, a todos los Obispos, Superiores y Jerarquías de América en Roma (del 28 de mayo al 9 de julio de 1899). La importancia de este santo Concilio fue enorme; infundió una verdadera vitalidad a todo el Catolicismo de Sud-América. Necesitaríamos otro artículo siquiera para resumirlo.

Fue durante el Concilio, con el aplauso y agradecimiento emocionado de tantos Padres, que en 19 de junio recibió el hasta entonces Padre Calasanz el rescripto en el que se le comunicaba que el Papa acababa de crearle Cardenal, a los cuarenta y cinco años. Solo diremos que las expresiones de todos los Padres americanos tuvieron carácter de apoteosis; y, pocos días después, al acabar sus sesiones, expresaba su satisfacción el Papa con estas palabras: «Habéis llenado, Señor Cardenal, toda la medida de mis aspiraciones.» Poco tiempo después, era en 1900 el alma

del Congreso Internacional de Terciarios. Fue una verdadera renovación internacional, creándose, asimismo, la Hermandad Sacerdotal del Tercer Orden Secular de San Francisco, integrada por no pocos Obispos.

En 20 de julio falleció León XIII: el Cardenal Vives le asistió, a su lado, en sus últimos momentos.

El «brazo derecho» de San Pío X

Muchísimo más íntima fue, aun, la colaboración con su Sucesor San Pío X.

Tanto, que llegó a ser célebre un dicho, bastante malicioso, sobre el Vaticano en aquella primera década de Siglo: «Cardenal Vives y Tutó: «Cardenal Vives e tutto...»

Durante muchos años tuvo audiencia diaria con el Papa.

También fue el alma del célebre Congreso Mariano Mundial de 1904.

Es en esta época en que comienza la labor más dura y más alta del Cardenal Vives: ser el apoyo, el Consejero, el fiel asistente que le confortaba, de San Pío X en su lucha contra el Modernismo, predecesor exacto del maldito llamado Progresismo de hoy. Mas sobre esto ya dedicamos la totalidad del anterior artículo I sobre este tema.

¡Llegó a ser Cardenal Protector de 68 Institutos Religiosos!

Otro grande asunto que ocupó años y afanes de San Pío X tuvo por, osaríamos decir casi, coautor, a nuestro Cardenal: la defensa de los intereses de la Iglesia contra las leyes sectarias de Combes (Ley de Separación de la Iglesia y del Estado de 11 de diciembre de 1905). Ya hemos dicho que conocía a Francia como nadie, y dominaba maestramente la lengua de Racine y de Corneille: tenía, nada menos que encomendado a su cuidado y autoridad la «Alliance des Grands Séminaires de France».

A su experiencia y conocimiento de Francia y del mundo, pero, sobre todo, a su santidad, se debió la salvación de la Nación vecina. Fue gran debelador de las maquinaciones que intentaban, con las llamadas «Asociaciones culturales», oprimir, por no decir, prostituir el culto y la Religión en el País vecino, dando motivo a la definitiva y valiente Encíclica «Vehementer Nos» de S. Pío X. En estos trabajos consumió Vives gran parte de su preciosa existencia.

Su consejo en las cuestiones sociales (incluso en las del «Zentrum» alemán) fueron decisivas.

Y, como si todo fuese poco, los últimos años del Cardenal fueron ocupados en la colaboración, con el gran Pontífice santo, de la Codificación del Derecho Canónico. El P. Wernz lo calificó como primer canonista de su época.

Encabezan sus Obras, por su saber, las de este campo precisamente, y de la última y grande época de su vida, tales como «De dignitate et Officiis Episcoporum et Prelatorum», «De Jurisdictione», etcétera, sobre los Cardenales, la voluminosa obra (1904) que lleva el título de *Instituta Franciscana*. Citemos sus obras patrísticas, como *Homiliarius Breviarii Romani*, etc., etc.

Su bibliografía

Sin querer, estamos entrando en un terreno al que ya no podemos llegar. ¡Escribió más de 78 libros, la mayoría de los cuales superan el centenar de páginas, llegando muchos de ellos a las 500! (¡Y algunos cerca del millar!)

De su bibliografía, recopilada por el P. Antonio de Barcelona, y que exigiría la extensión, solamente con la cita de sus títulos, de otro artículo, para dar idea de su santo polifacetismo, citaremos, al azar, algunos de dichos títulos, que dan idea de su fecunda universalidad:

«Compendium Theologiae Moralis». — «Id. Dogmaticae». — «Compendium Iuris Canonici». — «Ramillete Espiritual de los devotos imitadores de San Francisco». — «Mariale Quotidianum». — «Breves soliloquios del alma con San José». — «Id. con la Divina Pastora». — «Guías prácticas para la Orden Tercera». — «Breves soliloquios del alma con el Sagrado Corazón de Jesús». — *Cronicon de la Misión de los PP. Capuchinos en Centro-América*. — «Manual Seráfico de los FF. Min.» — «Los Cinco Domingos de las Sgdas. Llagas de S. Francisco de Asís». — «Vida del Siervo de Dios Fr. Ignacio de Monzón» (escribió varias biografías de Venerables). — *Diurnale Novissimorum*. — «Misericordias Marianas». — «*Dictionary Marianum*». — «*Christus Jesu Redemptor Noster*». — *Lectiones SS. Patrum contra murmuratores*. — «*Expositio in Orationem Dominicam* (Fr. J. Calasanz)». — «*Instituta franciscana*». — «*Summula Commentatorum Ser. Doc. S. Bonaventurae*». — «*Summa Josephina ex Patribus*». — «*De ineffabili bonitate Sacratissimum Cordis Je-*

su». — «*Scientillae amoris Eucharistici*». — «*Consideraciones sobre los Dolores de la Sma. Virgen*». — «*Año Eucarístico*». — «*Annus Marianus*». — «*Año Josefino*». — «*Summula Summa Theologicae Angelici Doctoris S. Thomae Aquinatis*». Y su última: «*Album de amor*» al Sagrado Corazón de Jesús.

Y así, hasta 78 libros!!!!

Su tránsito de este mundo

Al borde de los sesenta, aquella naturaleza, ya de sí enfermiza, estalló. Ya no podía dar más de sí. El «Operario fiel de la primera hora» —que no ambicionaba paga, ni se quejaba—, en junio de 1913, hubo de ser trasladado a la apacible Villa Gamarelli, cerca de Frascati, en los Montes Albanos. Su testamento y sus adioses desde Monte-Porcio (salía a la terraza desde donde se divisaba, lejana, la Cúpula de San Pedro, y desde allí mandaba besos al Papa, a su «tercer amor») eran preludio de su lucha final...

¡Cuán preciosa es, ante Dios, la muerte de sus santos!!!

Estaba piadosísimamente asistido, entre otros, por su benemérito y siempre humilde, gran hermano, el P. Joaquín de Llanerías.

Murió, para su gran dicha, en las vísperas (cinco menos cuarto de la tarde) del 7 de septiembre, Fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, tan celebrada en su tierra, en Cataluña. Año de gracia de 1913.

Parecía tener en más su humildad de Capuchino que sus grandezas de Cardenal. Sus últimas palabras fueron las primeras que le enseñara su santa Madre, tan populares aquí: «Jesús, Josep i Maria, vos dono el cor i l'ànima mia»!!!!!!

* * *

Durante las semanas que siguieron, la Iglesia entera, que él tanto «había llenado» con sus virtudes, le lloró.

Y la Prensa de todo Europa, desde las más modestas revistas religiosas, a esto que llamamos «gigantes» rotativos, el «*Corriere della Sera*», el «*Echo de Paris*», el «*Journal des Debats*», el «*The Times*», el «*The Morning Post*», «*The Tablet*», el «*Neues Wiener Tageblatt*», el «*Frankfurter Zeitung*» tributaban homenaje al humilde Capuchino, al Insigne Purpurado, al hombre enviado por Dios.

LUIS CREUS VIDAL

El año bimestrenario de Cristo y de María

JUAN M. IGARTUA, S. J.

En su primera Encíclica el Pontífice actual Juan Pablo II ha señalado con claridad el tiempo de su pontificado como el tiempo que lleva hacia el año 2000, fin de este siglo y comienzo del siglo XXI. Habla de este tiempo como de una hora solemne, desde sus primeras palabras:

«El Redentor del hombre (Redemptor hominis) Jesucristo es el centro del cosmos y de la historia. A El se vuelven mi pensamiento y mi corazón en esta hora solemne que está viviendo la Iglesia y la entera familia humana contemporánea. En efecto, este tiempo en el que, después del amado predecesor Juan Pablo I, Dios me ha confiado por misterioso designio el servicio universal vinculado a la Cátedra de San Pedro en Roma, **está ya muy cercano el año dos mil.**» (N. 1).

Estas solemnes palabras de la apertura de la encíclica vienen a coincidir de manera llamativa, que hace ver cuán en el corazón lleva el Papa esa fecha que se aproxima, con las palabras con que termina su carta:

«Solamente la oración puede lograr que estos grandes objetivos y dificultades no se conviertan en fuentes de crisis, sino en ocasión y como fundamento de conquistas cada vez más maduras en el camino del Pueblo de Dios hacia la Tierra Prometida, **en esta etapa de la historia que se está acercando al final del segundo milenio...** Suplico sobre todo a María, la celestial Madre de la Iglesia, que se digne, en esta oración **del nuevo Adviento de la humanidad**, perseverar con nosotros que for-

amos la Iglesia, es decir, el Cuerpo Místico de su Hijo Unigénito» (N. 22).

Esta insistencia de eco persistente del año dos mil en su corazón es explicada en su solemnidad por el propio Pontífice a continuación de las palabras citadas del principio de su Encíclica:

«Para la Iglesia, para el Pueblo de Dios, que se ha extendido, aunque de manera desigual, hasta los más lejanos confines de la tierra, este año será **el año de un gran jubileo**. Estamos acercándonos ya a tal fecha que **—aun respetando todas las correcciones debidas a la exactitud cronológica—**, nos hará recordar y renovar de manera particular la conciencia de la verdad-clave de la fe, expresada por San Juan al principio de su Evangelio: **El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros...** Estamos, en cierto modo, en el tiempo de un nuevo Adviento, que es tiempo de espera...» (N. 1).

Así, pues, Juan Pablo II nos recuerda con solemnidad que estamos en un tiempo de preparación para el año dos mil (a veinte años de distancia solamente), que será año de gran Jubileo de la Iglesia, y que señala el bimestrenario oficial de la Encarnación del Verbo en el seno de María y el comienzo de su historia humana. Ya que siendo el año 2001 el bimestrenario oficial del nacimiento de Cristo (la era cristiana se comienza a contar desde el año 1, como año del nacimiento del Señor), el año anterior, año 2000, será el año jubilar de la Encarnación.

VALOR DE UN BIMILENARIO

Un bimestrenario es una conmemoración muy especial de un suceso histórico entre los hombres. Acostumbramos a celebrar como fechas conmemorativas de especial recuerdo los centenarios (y aun los 25 y 50 años más cercanos), tanto del nacimiento como de la muerte de grandes hom-

bres, o de especiales acontecimientos de singular importancia en la historia. El bimestrenario tiene un valor de recuerdo humano mucho mayor, por lo mismo que es difícil alcanzarlo, y que un suceso que dura dos mil años en la memoria de los hombres ha de ser un suceso o una personalidad capaz

de superar los milenios. Celebramos o hemos celebrado los bimilenarios de la fundación de grandes ciudades antiguas, que todavía, aunque muy cambiadas, perduran entre los hombres: Roma, Atenas, Jerusalén, caminan ya hacia el tercer milenario de su existencia como ciudades. En nuestra patria Zaragoza, León, Cádiz como antigüedad máxima, con Tarragona y otras ciudades. Es el bimilenario una fecha extraordinaria por lo lejana y perdurable.

Nos habla, pues, a nosotros Juan Pablo II del bimilenario próximo de la Encarnación de Cristo y de su nacimiento en la tierra humana. Es el máximo acontecimiento de la historia de los hombres, Dios entre ellos. Pero ese mismo acontecimiento, que ha sido capaz de hacer cambiar la cronología histórica general, es un acontecimiento en que celebramos también las conmemoraciones de María, la Madre de Jesús. Pues celebrar la Encarnación es celebrar la carne tomada de María Virgen, y el prodigio singular se hizo en su cuerpo, y celebrar el nacimiento de Jesús es celebrarlo de su Madre María que le dio a luz en Belén.

Nos recuerda Pío X en la Bula *Ineffabilis* de la Inmaculada Concepción que Cristo y María su Madre están unidos en el divino decreto de predestinación, ya que su existencia fue determinada «uno eodemque decreto», con un mismo decreto divino, pues no podía decretarse la existencia de

Jesús como hombre nacido de mujer, sin decretar qué mujer era ésta. Y esta paridad o simultaneidad de decreto ha regido la paridad de vidas de Jesús y María en el camino de gloria: celebramos el día de las dos Concepciones, el doble nacimiento, la doble ascensión resucitada, la doble gloria de realeza, el doble misterio de los dos Corazones en la liturgia eclesial, aunque siempre, naturalmente, de manera subordinada y unida estrechamente de María a Cristo su Hijo Dios.

Por lo mismo, si vamos a celebrar el bimilenario de Jesús, celebramos también el bimilenario de María, cuya conmemoración aproximada podemos señalar. Pero, aunque Juan Pablo II nos señala que el bimilenario de la Encarnación se celebrará en forma de gran Jubileo (grande entre grandes) de la Iglesia católica, nos advierte también que esta fecha oficial no es la exacta y real históricamente, por lo cual nos habla del «respeto a todas las correcciones debidas a la exactitud cronológica». ¿Qué correcciones son éstas? Quiere decir que, aunque celebremos el año 2000 como bimilenario de la Encarnación, se debe pensar que este año oficial no se corresponde con el año real del bimilenario histórico, que interesa también seguramente a nuestra devoción personal al menos, aunque comprendamos y admitamos la razón de celebrar el oficial en una fecha simbólica y admitida en la cronología existente. ¿De dónde viene esta diferencia? Vamos a verlo brevemente.

EL ERROR HISTORICO DEL MONJE DIONISIO

La cronología antigua de los griegos y de los romanos contaba los años a partir de dos acontecimientos respectivos. Los griegos desde las Olimpiadas, que se celebraban de cuatro en cuatro años a partir de 13 años antes de la fundación de Roma, que fue el punto de cálculo para la cronología romana. Tenemos en los pueblos antiguos muy diferentes cronologías referidas a acontecimientos propios o ciclos particulares. (Véase en Espasa el artículo de mucha riqueza sobre el tema, v. *Cronología*).

Nos interesa particularmente para nuestro caso la cronología griega y la romana, que es la que sigue Flavio Josefo, el historiador judío romanizado, en su libro sobre las «Antigüedades judías». A partir de su texto podremos lograr situar la cronología cristiana. Esta, que ha logrado imponerse como válida universalmente, fue iniciada o

propuesta por un monje cristiano, Dionisio el Exiguo, en el siglo VI. Consideró razonablemente que el acontecimiento clave de la historia del mundo era el nacimiento de Cristo, y que debía sustituir como fecha inicial cronológica a todas las demás existentes. Su tesis prosperó en el mundo cristiano, hasta el punto de hacerse prácticamente universal. Si hoy decimos que nos hallamos en el año 1980 es porque contamos 1980 años a partir del año asignado por Dionisio al nacimiento de Cristo como año 1. Los musulmanes, en cambio, contarán a partir de la hégira o huida de Mahoma a la Meca, y así comienzan ahora, contando además en años lunares, su siglo XV.

Pero aconteció que Dionisio padeció un error al asignar el año 1 de Cristo. Contó como tal el año 754 de la fundación de Roma, según sus cálculos de equivalencia. Y este año no puede

corresponder al año del nacimiento real de Cristo, vamos a ver por qué. Se ha llegado hoy a la certeza del error y a la fijación de una fecha anterior por los cálculos exactos de la astronomía, que son totalmente seguros al calcular los eclipses, pasados, presentes o futuros. Queremos añadir que la fijación del principio del año civil en primero de enero es muy posterior, pues no se da hasta el siglo XVI en Francia por un decreto del rey Carlos IX, que también prospera hasta hoy. La cronología antigua y aun las cronologías de diversos sectores y naciones han tardado en unificarse.

El cálculo del error de Dionisio se consigue de esta manera. Un texto, o dos mejor, de Flavio Josefo nos van a conducir al descubrimiento. Dice así al hablar en su historia de las «Antigüedades judías» del rey Herodes el Grande:

«Recibe el reino (de los romanos), alcanzándolo en la Olimpiada ciento ochenta y cua-

tro, siendo Cónsules Cayo Domicio Calvino y Cayo Asinio Polión» (*Ant. Jud.*, XIV, 14, 5).

Nos da Josefo la fecha del comienzo del reino de Herodes, cuando lo recibe el Idumeo de los romanos. La fecha de las Olimpiadas es anterior en 23 años a la romana de la fundación de la Urbe, según Varrón. La Olimpiada (el intervalo entre dos de ellas, cada cuarto año), nos da el año 736 de la era griega, y por tanto será el 714 de la romana. Después nos dice Josefo que Herodes murió a los 37 años de haber recibido el reino de los romanos, es decir, en el año 751 de la era romana (*Ant. Jud.*, XVII, 8, 1; *Guerra Judía*, I, 33, 8). Tenemos, pues, la fecha romana de la muerte de Herodes, pero ¿cómo conectaremos en paralelo con la equivalencia cristiana? Dionisio creyó que la muerte de Herodes había sido más tarde y puso el año de nacimiento de Cristo en el 754.

FIJACION DE LA FECHA DEL NACIMIENTO DE CRISTO

El día preciso en que aconteció la muerte de Herodes se ha podido fijar con precisión por un hecho, que podemos llamar providencialmente conservado por Josefo. Cuenta, en efecto, este historiador en *Ant. Jud.* un hecho acontecido un mes antes de la muerte del rey. Estando en sus últimos furios, tan crueles, aconteció un suceso grave. Creyendo, por una falsa noticia, que Herodes había muerto ya, un grupo de jóvenes judíos, aconsejados por dos doctores de la ley que no podían sufrir el sacrilegio cometido, se descolgó dentro del Templo y a hachazos derribaron un águila romana de oro instalada allí. Pero Herodes vivía aún, y su furor de venganza política fue terrible. Mandó quemar vivos a los dos doctores de la ley y a algunos de los jóvenes, y matar a todos los demás de otros modos. Pero su vida realmente se extinguía, y antes de un mes de este suceso entre grandes congojas y dolores murió poco antes del día de la Pascua. Su muerte fue considerada por los judíos religiosos y el pueblo como un castigo de Dios por sus crímenes.

Y aquí está el hecho providencial. Porque dice Josefo, en el pasaje en que habla de esto, que en el día en que mandó quemar vivos a los doctores hubo un eclipse de luna, considerado como una señal del cielo contra Herodes. Los astrónomos

han podido sin dificultad actualmente llegar a señalar el año y el día en que tal eclipse de luna, visible en Palestina, ocurrió. Fue el día correspondiente al 13 de marzo actual, en el año 4 antes de Cristo. (RICCIOTTI, *Guerra judía* de Josefo, edición con notas, versión española, Barcelona, I, 33, 4, nota.) De donde resulta la singular paradoja de que Herodes murió antes del año del nacimiento de Cristo fijado por Dionisio, lo cual es contra la narración evangélica, pues Herodes persiguió, según Mateo, a Jesús recién nacido y mató a los inocentes. De aquí que la fecha fijada por Dionisio consta que es errónea.

Herodes, pues, murió antes de transcurrir un mes de aquel eclipse, en los días precedentes a la Pascua, que aquel año fue en el 11 de abril, que corresponde al 14 de Nisán aquel año, o día de la luna llena de primavera. Detectado el error cronológico, sin embargo, se ha preferido razonablemente respetar la cronología ya establecida por Dionisio, para no tener que introducir modificaciones en todas las fechas históricas. Queda, pues, ahora por indicar qué año, por singular paradoja, nació realmente Cristo antes de Cristo.

Tenemos un cálculo muy aproximado. Pues el Evangelio dice que Herodes, para matar al niño e informado del tiempo de su nacimiento por los

Magos, mandó matar a todos los niños menores de dos años (Mt. 2, 7 y 16). Por lo tanto, el nacimiento de Jesús ha de situarse al menos dos años antes de la muerte de Herodes. Y así venimos a la fecha del año 6 (o quizá 7), como probable y

aproximada fecha del nacimiento de Cristo. Cristo, pues, nació el año 6 o el 7 antes de Cristo. Esta fecha corresponde con el año 747 o 748 de Roma. El año 1 de la era cristiana se sitúa así en el año 754 de Roma, ab Urbe Condita. (1).

FECHAS DEL BAUTISMO Y DE LA MUERTE DE JESUS

Podemos fijar, esta vez con certeza, las fechas más importantes de la vida de Jesús de Nazaret, que son la de su bautismo, principio de su vida pública, y la de su muerte, que difiere sólo en tres días de la de su Resurrección, ésta en cuarenta días de la de su Ascensión a los cielos, y ésta, a su vez, en diez días de la de Pentecostés. Así todos los grandes misterios de la Redención corresponden al mismo año, con días solamente de distancia.

Para la fecha del bautismo contamos con un dato preciso de Lucas. Dice al narrar la aparición del Bautista, a la que siguió poco después el bautismo del mismo Jesús confundido entre el resto del pueblo, y señalado por la paloma del Espíritu y la voz del Padre:

«En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Procurador de Judea Poncio Pilato, tetrarca de Galilea Herodes (hijo del Grande), y Filipo su hermano tetrarca de Iturea y de la región Traconítide, y Lisania tetrarca de Abilinia, bajo los príncipes de los sacerdotes Anás y Calfás, bajó la palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto» (Lc. 3, 1-2).

Este preciso y espléndido texto de historiador nos sitúa en el año del suceso: el año 15 del imperio de Tiberio en Roma. ¿Qué año fue éste de la era cristiana? Augusto, su predecesor, murió en el año 14 d.C. y entonces tendríamos como fecha, sumando los 15, el año 29. Pero todos los historiadores prefieren tomar como año de origen del imperio de Tiberio el año 12, año en el cual Augusto le estableció ya, dos años antes de morir él, como «collega imperii». Y este cálculo fue el usado en Siria y Oriente como generalmente válido. Entonces el año del bautismo de Cristo es el año 27, que resulta de sumar 15 al año 12.

Por otra parte, esta fecha exacta se comprueba por otro cálculo concreto evangélico y exacto.

El Evangelio de Juan dice en el capítulo segundo, al comenzar el ministerio de Jesús, que éste en el Templo mantuvo una célebre disputa con los judíos que le reprochaban el acto de autoridad de haber expulsado a los mercaderes del templo de Jerusalén. Al pedirle cuenta oficialmente de la acción y de la autoridad que se arroga para ella, le piden una señal o signo en que puedan ellos comprobar tal autoridad. Jesús les responde con el célebre signo del Templo destruido y reedificado. El hablaba de su cuerpo y de su resurrección al tercer día («En tres días lo reconstruiré»), pero ellos parecieron o fingieron entenderlo del Templo mismo. Y como grave dificultad contra su aserción le dijeron:

«Cuarenta y seis años hace que comenzó a edificarse este Templo, ¿y tú vas a levantarlo en tres días?» (Jn. 2, 20).

La cifra tan concreta y exacta de cuarenta y seis que dan muestra que no se trata de un número simbólico, sino preciso. El Templo de Jerusalén, edificado espléndidamente por Salomón en el año cuarto de su reinado, hacia el 966 a.C. Aquel magnífico Templo, maravilla del mundo, fue destruido por Nabucodonosor e incendiado al conquistar Jerusalén en el año de la cautividad de Babilonia, y ello fue en el año 587 a.C. Un segundo Templo, más modesto que el primero, comenzó a edificarse cuando Ciro, rey de los persas, permitió a los judíos volver a su país, en el año 538, y fue terminado en el año 515. Los Macabeos hubieron todavía de restaurar el Templo profanada por Antíoco en su persecución, y la restauración se verifica en el año 164 a.C. Esta historia alternativa del gran Templo encuentra su remate en Herodes el Grande, que para congraciarse a los judíos y mostrar su propio esplendor decide magnificar la gran obra del Templo, como lo hizo Salomón. Esta espléndida construcción

perfeccionada de Herodes comenzó el año 19 a.C. Es a esta fecha a la que aluden los judíos objetantes de Jesús. Pues bien, si a estos 19 años anteriores a la era cristiana añadimos otros 27, tenemos los 46 que aducen ellos. Así el comienzo del ministerio de Jesús, según este capítulo 2 de Juan, se sitúa en el año 27 de la era cristiana, lo que coincide exactamente con la fecha que hemos deducido de Lucas y su fijación del año 15 de Tiberio.

Podemos, pues, dar por cierta esta fecha del 27 para el bautismo de Jesús. Nos queda por indicar cuál es la de su muerte. Según la deducción de los evangelios, principalmente del de Juan, se suceden tres Pascuas hasta la muerte de Jesús (Jn. 2, 23; 5,1; 6,4; 11,55), lo que nos lleva desde el 27 hasta el 30. Y este año tiene una perfecta com-

probación con un nuevo dato de Juan. El día de la Pascua en que murió Jesús coincidía la fiesta solemne de la Pascua con un sábado, día festivo de la semana. Como la Pascua dependía del mes lunar no coincidía sino raramente con sábado. Se ha llegado a la conclusión de que la Pascua coincidió con sábado en el año 30 y también en el 33, pero éste es demasiado tardío. En el año 30, coincidiendo con el tiempo apostólico del año 27, se verificó lo que dice Juan: «Era aquel día de sábado un día grande» (Jn. 19,31).

Tenemos así fijada la cronología básica de la vida de Jesús con suficiente exactitud: Nacimiento en el año 6 —7 antes de Cristo—. Bautismo en el año 27 después de Cristo—. Muerte y Resurrección y Ascensión en el año 30.

EL NACIMIENTO Y CONCEPCION DE MARIA

Fijada con suficiente exactitud la fecha del nacimiento de Jesús, la de María su Madre puede ser fijada aproximativamente de manera conjetural, basándose en la costumbre judía de la fecha de la boda de las doncellas (y por lo tanto del nacimiento del primer hijo), según anotan los especialistas. Tomamos por guía en esta fecha la anotación del P. P. Gaechter, en su libro *María en el Evangelio*, Bilbao, 1959:

«María entró en el estado matrimonial con José, según la costumbre del tiempo, a los trece años o trece y medio, después de unas relaciones de doce meses» (O. c., p. 143).

Así, pues, según este testimonio de la costumbre ordinaria y teniendo en cuenta que la vida de María parece haberse desarrollado en lo social normalmente y conforme a las costumbres de su pueblo, podemos pensar como edad maternal de María al dar a luz a Jesús su primogénito la de catorce años largos. Si tomamos esta edad de la Virgen (aunque para nuestras costumbres occidentales actuales sea extraño el dato), entonces el nacimiento de la Virgen María debemos establecerlo catorce años antes del nacimiento de Jesús, o sea catorce años antes del —6, y venimos a la fecha del año —20, a los siete años de la proclamación de Octavio como Augusto (año —27), y viviendo en el año de su nacimiento en Roma los autores de la edad de oro: Virgilio, Horacio, Tito

Livio, Ovidio..., y concretamente un año antes de que Herodes comenzase la reconstrucción del Templo, que hemos puesto en el 19 a.C.

Evidentemente, si admitimos como la más probable esta fecha para el nacimiento real de María, para su Inmaculada Concepción debemos proponer el año anterior, o sea el año 21 a.C. En esta fecha habría comenzado la maravillosa hora inmediata de la Redención humana.

La Virgen en este caso tenía, cuando Cristo salió a bautizarse en el año 27, como hemos fijado antes, cuarenta y seis años cumplidos (de —20 al 27), y cuando Jesús murió en la cruz tenía el año 30, alrededor de los cincuenta. Podemos aquí preguntarnos por la edad en años de Jesús al morir. Los datos antes establecidos nos dan para Jesús al bautizarse una edad de treinta y uno o treinta y dos años (de —6 al 27, y debemos siempre tener en cuenta que no hay año cero, sino que del —1 se pasa al año 1 de la era cristiana). Recordemos que el evangelista Lucas dice en su relato que «Jesús tenía entonces treinta años entrados», o mejor había comenzado la edad de los treinta, lo cual puede decirse lo mismo del que tiene treinta y uno o treinta y dos. (Lc. 3,23). Parece que la razón de haber Jesús esperado a esta edad para comenzar su ministerio fue el atenderse a la edad oficialmente establecida para los judíos en oficios o dignidades públicas, que era pasados los treinta y cuatro años aproximadamente, más o menos.

LAS FECHAS DE LOS BIMILENARIOS

Lo que nos hemos propuesto en este artículo, y para lo que hemos hecho todos los cálculos precedentes y fijaciones de fechas, como decimos al comienzo, es la fijación de las fechas del bimilenario real o histórico de los sucesos de la vida del Señor y de su Madre. Vamos, pues, a proponer, conforme a los cálculos y fechas establecidas, que son reales, en columnas paralelas las fechas de los bimilenarios presentes ya ante nosotros, ya los bimilenarios oficiales, ya las fechas más inmediatas de los bimilenarios reales o históricos.

<i>Fecha del suceso</i>	<i>Acontecimiento</i>	<i>Fecha del bimilenario Oficial</i>	<i>Real</i>
— 21	Concepción Inmaculada de María	1986	1980

— 20	Nacimiento de María	1987	1981
— 7	Encarnación del Verbo	2000	1994
— 6	Nacimiento de Jesús de Nazaret	2001	1995
27	Bautismo de Jesús en el Jordán	2031	2027
30	Muerte y Resurrección de Jesús	2034	2030

Advirtamos que al fijar las fechas oficiales del bimilenario del bautismo y la muerte, las hemos desplazado por creer que se seguirá la norma de los treinta años para Jesús al salir a bautizarse.

LOS BIMILENARIOS DE MARIA Y NUESTRA DEVOCION

Solamente resta, como conclusión de este trabajo, esaltar que las fechas señaladas para los bimilenarios reales o históricos (conjetural y aproximadamente, con una certeza humana suficiente) de la Inmaculada Concepción y el Nacimiento de la Virgen María, inciden ya directamente sobre nosotros. Las hemos fijado en los años 1980 y 1981, que son los años que estamos viviendo. Si este artículo ve la luz en este año de 1980, podrá servir de preparación a los que esto lean para celebrar con mayor fervor la fiesta próxima de la Inmaculada el 8 de diciembre de 1980. Pues aunque evidentemente sobre el día y el mes nada podemos decir, ésta es la fecha religiosa de nuestra conmemoración. Y al ser tardía en el año, casi en su final, favorece la probabilidad de esa celebración del año, cuyo cierre viene a ser.

La Inmaculada Concepción de María Virgen tiene un inmenso significado en el plan divino de

salvación, ya que es el acontecimiento clave de la historia en el que comienza inmediatamente la obra de la Redención divina preparada durante tantos milenios de existencia humana y cósmica. Y para nosotros, siendo María nuestra Madre, un profundo significado de valor personal. España, además, se ha señalado históricamente en el deseo y petición de que fuese proclamado este dogma mariano de tanta raigambre aquí. ¡Ojalá que las líneas que he trazado puedan servir a algún lector del artículo a enfervorizar su vida cristiana en el umbral histórico de tantas y tan grandes conmemoraciones! El Papa Juan Pablo II nos ha invitado en su primera encíclica a volver los ojos hacia el año 2000, conmemoración oficial del bimilenario de la Encarnación. No creo que haremos mal en comenzar a prepararnos para esta fecha con la celebración personal de los bimilenarios históricos.

LA SUMA TEOLOGICA Y SUS CONTRASTES CON LA CIENCIA

M. M. DOMENECH I.

El Evolucionismo y la Generación Espontánea

De las cuatro causas, final, eficiente, formal y material, el espíritu del mundo contemporáneo sólo considera la material; por eso es materialista. seducido por el poder de las matemáticas (Aristóteles, metafísica M-3, 15-20), que manejan conceptos cuantitativos, cuyo principio es la materia, el mundo moderno ignora la forma y el fin, y reduce la causa eficiente al nombre del azar, lo cual le sitúa al nivel de los pueblos primitivos; quienes quieren ser maduros descubridores de novedades, no hacen más que repetir senilmente viejos errores: «Los antiguos filósofos no tuvieron en cuenta más que el primer principio material, que es imperfectísimo, porque como la materia en cuanto tal está en potencia, el primer principio material ha de ser la potencia en grado sumo, y por ello imperfectísimo.» (S. Th. 1 q4 al.)

Como en el fondo el evolucionismo pretende que todo provenga de la materia, para divinizarla con su panteísmo antiteísta, tiene como hipótesis insoslayable la generación espontánea de la vida. En este punto, paradójicamente, la Suma es muchísimo más optimista que la ciencia; mientras la ciencia positiva demuestra desde Pasteur que no hay generación espontánea ni de las formas más elementales de la vida microbiana, Santo Tomás, en su Suma, cree en la posibilidad y el hecho de generación espontánea hasta de ranas y serpientes: «Puede decirse que todos los cambios de las cosas corporales que pueden hacerse por cualesquiera virtudes naturales, entre las cuales están ciertos gérmenes que se encuentran en los elementos materiales, según San Agustín (III de Trinitate c8,9) pueden hacerse por la operación de los demonios utilizando tales gérmenes; como por ejemplo al convertirse ciertas cosas en serpientes o ranas, las cuales pueden engendrarse en la putrefacción.» (S. Th. q114 a4 s2.) Afirmaciones semejantes pueden encontrarse en q25 a2 s2, q27 a2, q45 a8 d3, q45 a8 s3, q105 a1 s1; 1-2 q60 a1, 2-2 q25 a3 d3, III q77 a6, III q81 a6 d1, Sp1 q75 a3 sc2, Sp1 q97 a2.

En contraste con esto tenemos las palabras de Louis Pasteur a la Academia francesa: «Y por tanto, caballeros, puedo señalar este líquido y decirles: he tomado mi gota de agua de la inmensidad de la creación y la he tomado repleta de los elementos apropiados para el crecimiento de los seres inferiores. Y espero, vigilo, escudriño. Ruego que empiece para mí de nuevo el hermoso espectáculo de la primera creación.

»Pero está muda. Muda desde hace varios años que comencé estos experimentos. Está muda porque la he guardado de la única cosa que no sabe el hombre producir: gérmenes de la vida que flotan en el aire, porque la vida es germen y un germen es la vida.

»Jamás se recuperará la doctrina de la generación espontánea del golpe mortal de este simple experimento.»

El pensamiento de Santo Tomás nos permite afirmar que si un día, en un laboratorio microbiológico, se llegara a sintetizar un ser vivo, no se tambalearía ni un ápice la teología de la Suma, en contra de la opinión de los que lo intentan con mala voluntad.

Las formas materiales se generan natural o artificialmente; dice Santo Tomás acerca de la cuestión de si el pan es forma sustancial o no: «Nada impide hacer artificialmente algo cuya forma no es accidente, sino forma sustancial; así se pueden producir ranas y serpientes. La forma en este caso no la produce el arte por virtud propia, sino por la virtualidad de los principios naturales. Este es el modo como se produce la forma sustancial del pan, por virtud del fuego que cuece la masa hecha de harina y agua.» (S. Th. III q75 a6 s1.)

Es decir que si, por ejemplo, Dios no hubiera creado la forma del benceno, ninguna refinería de petróleo podría producir gasolina. El hecho de sintetizarse materia viva en un laboratorio no significaría que la vida fuera algo artificial.

Pero las grandes dificultades, tantas que ya parece imposible, que se encuentran en el intento de sintetizar sustancia viva no hacen más que demostrar la imposibilidad absoluta de que esa

síntesis se produzca del azar natural como pensaba Santo Tomás.

Si alguna vez ocurrió algo parecido, tendría que haber sido el resultado de un movimiento dirigido y gobernado por seres más inteligentes que los químicos y biólogos que infructuosamente lo intentan con tantos recursos; tendría que ser un intento semejante al que produce el marco ecológico que hace posible la vida de animales y plantas: el resultado de la conjunción del movimiento inercial, efecto de sustancias inteligentes separadas, con las tendencias naturales a las formas materiales que la física llama ahora fuerzas gravitatorias, elásticas, electromagnéticas y nucleares; tendría que ser algo que muy bien podría describirse como «modelar un cuerpo con el barro de la tierra» (Gen. 2,7). Este modelado no puede ser el resultado de simples tendencias naturales porque parece muy claro que no existen fuerzas físicas hacia las formas vivas; no hay intercambios energéticos en, por ejemplo, el instante de la muerte de los animales, como lo hay en las transformaciones químicas o nucleares.

Todas las tendencias naturales son debidas a la tendencia de las especies inanimadas a un determinado «situs», a una determinada configuración de partes, y todas las especies vivas tienen libertad en ese punto precisamente: viven bajo una infinidad de situs posibles; la perfección del viviente no consiste en el situs. «Hay que afirmar que las cenizas carecen de toda inclinación natural para la resurrección, y que sólo por disposición de la divina Providencia volverán a unirse al alma. De esto proviene que aquellas partes y no otras vuelvan a juntarse.» (S. Th. Sp1 q78 a3.) Lo que se dice de las cenizas se puede decir con mayor razón de cualquier sustancia del reino mineral que no haya estado tan cerca de una forma viva. Aristóteles, a pesar de creer también en la generación espontánea, dice en el libro IV de los meteorológicos (390b): «Igual que la formación del bronce y de la plata puede muy bien tener por causa el frío, el calor y su movimiento, pero estas causas no bastan para explicar la formación de una sierra, una copa o una caja, de la misma manera ocurre con los anhomeómeros (tales como la cabeza, la mano o el pie), con esta diferencia: para los primeros la causa es el arte, mientras que para los segundos lo es la naturaleza o alguna otra causa.»

El mantenimiento de la especie por genera-

ción vital hace pensar en una «forma» especial que no consiste en una simple configuración; a medida que el esfuerzo intelectual es más intenso y profundo, se comprende mejor la necesidad de una infusión vital específica, tal como pueden significar las palabras del Génesis: «inspirar en el rostro aliento de vida», (Gén. 2,7); y esto no sólo en la creación del alma intelectual humana, sino incluso de la forma más elemental de vida vegetal, es decir ni siquiera sensitiva.

De momento, los hombres de ciencia, siguen discutiendo si fue primero el gen (DNA) o la proteína (aminoácidos), versión moderna del problema de la prioridad del huevo o la gallina; en realidad buscan si la vida empezó por la virtud generativa o por la aumentativa, ignorando que la vida incluye las dos virtudes además de la nutritiva. Lo cierto es que en sus laboratorios no la consiguen de ninguna de las dos maneras, a pesar de que sus procedimientos son enormemente más sofisticados que la simple putrefacción, medio suficiente para la generación espontánea de la vida, hasta de ranas y serpientes, según Santo Tomás.

Con objeto de no exagerar las exigencias de la Fe, podemos llevar la discusión acerca del evolucionismo al tema del poli o monogenismo y reducirla al ámbito de la creación del ser humano, pero es gracioso que en aras del más puro positivismo científico, parece claro que la frontera real de la discusión está mucho más abajo; terriblemente más abajo de donde se plantearía con el optimismo del propio Santo Tomás; ni siquiera en la generación de ranas y serpientes, sino en la de la más simple vida unicelular vegetativa.

Si un día la ciencia consigue su anhelado propósito, el de la síntesis de la vida, tendría, pues, que quedar impasible el teólogo tomista; pero parece claro que ese día no llegará antes del fin de la historia.

La Duración del Universo y la Entropía

Otro punto en el que la Suma contrasta con la ciencia es el origen de los tiempos; según el P. Mayor, por culpa del fantasma de la eternidad del movimiento en Aristóteles, Santo Tomás postula como indemostrable que el mundo haya tenido principio: «Que el mundo no ha existido siempre no puede demostrarse apodóticamente; la razón de esto es que el comienzo del mundo

no puede tener una demostración tomada de la naturaleza misma del mundo.» (S. Th. I q46 a2.)

Sin embargo, el Papa Pío XII, en un discurso a la Academia Pontificia de Ciencias, pronunciado el 22 de noviembre de 1951 (véase en *Cristianidad* 15 de diciembre de 1951), decía: «La ciencia moderna no sólo ha avanzado y profundizado nuestros conocimientos sobre la realidad y la amplitud del cosmos; ella nos ofrece también preciosas indicaciones acerca de la dirección según la cual se realizan los procesos en la naturaleza. Mientras que hace cien años, especialmente, después del descubrimiento de la ley de la conservación de la energía, se pensaba aún que los procesos fuesen reversibles, y, por tanto, según los principios de la estricta causalidad, o mejor, determinación de la naturaleza, se creía posible una continua renovación y rejuvenecimiento del cosmos; con la ley de la entropía, descubierta por Rodolfo Clausius, se vino a saber que los procesos naturales espontáneos van siempre unidos a una disminución de la energía libre utilizable: lo que, en un sistema cerrado, debe conducir finalmente a la terminación de los procesos en la escala macroscópica. Este destino fatal, que solamente algunas hipótesis, a veces demasiado gratuitas, como la creación supletoria, se esfuerzan por ahorrar al Universo, brota de la experiencia positiva.»

«Si el científico dirige, por tanto, su mirada del estado presente del universo al porvenir, aunque lejanísimo, se ve obligado a constatar, tanto en el macrocosmos como en el microcosmos, el envejecimiento del mundo. En el curso de miles de millones de años, incluso las cantidades aparentemente inagotables de núcleos atómicos pierden energía utilizable, y la materia se aproxima, hablando en sentido figurado, a un volcán apagado y hecho escoria. Y viene a la mente el pensar que, si el presente cosmos, hoy tan palpitante de ritmo y de vida, no es capaz de dar razón de sí mismo, como se ha visto, mucho menos podrá hacerlo el cosmos sobre el que habrá pasado, a su modo, el aleteo de la muerte.»

Animados por estas palabras nos atrevemos también a contradecir a Santo Tomás en este punto. El tema lo trata muy bien el P. Mayor en su opúsculo «El Babelismo de la Evolución y la Realidad del Cosmos», y de él tomamos las siguientes citas:

Sir Arthur Eddington: «El universo material llegará algún día a un estado muy parecido a la

muerte.» (La expansión del universo, p. 209, trad. G. Sans, *Revista de Occidente*.)

«La energía del mundo está sujeta a una degradación continua, una disminución de utilizabilidad. La luz y el calor son, una y otro, formas de energía, pero un millón de ergios de luz pueden fácilmente transformarse en un millón de ergios de calor y “no” viceversa.» «Quemando el carbón se obtiene una cantidad de calor incluso mayor que la que el sol ha puesto allí, pero se obtiene una cantidad de luz mucho menor que la que el sol allá ha almacenado: en fin, una cantidad de luz se ha transformado en una cantidad de calor.» «Hay una escuela de pensadores a los que repugna vivamente la idea de un mundo gastado. Esta escuela se goza con varias teorías de rejuvenecimiento; su “mascota” ‘es el fénix.» «Quien desee un universo que pueda continuar indefinidamente su actividad, debe emprender una cruzada contra la segunda ley de la termodinámica.» «Es inconcebible que nosotros hayamos sido herederos de un tiempo infinito de preparación.» «No hay duda de que la astrofísica de los últimos tres cuartos de siglo postula una fecha en que, o los entes del universo fueron creados en un estado de alta organización, o entes preexistentes fueron dotados de esa tal organización, que de entonces acá se ha venido desgastando cada vez más. Esa tal organización es decididamente la antítesis de la casualidad: es una cosa que no podía hacerse fortuitamente... Es una de esas conclusiones de las que no vemos cómo se puede escapar lógicamente.» «El principio del proceso mundial parece presentar dificultades insuperables, a no ser que convengamos en considerarlo como sencillamente sobrenatural.» «No encuentro ninguna dificultad en aceptar las consecuencias de la teoría científica actual por la que concierne al porvenir: muerte térmica del universo. Quizá será dentro de billones de años, pero el reloj de arena se vacía lenta e inexorablemente... El concepto de un universo cíclico bajando sin cesar por la pendiente de su evolución y rejuveneciéndose también sin cesar, me parece enteramente retrógrado.» (The Nature of the Physical World, 1947.)

Stein: «Es absurdo presumir que la materia o la energía hayan existido ab eterno en un estado inerte, para despertarse en un cierto instante espontáneamente. En efecto, ¿qué habría determinado aquel instante con preferencia de todos los otros instantes de la eternidad pasada?»

Whittaker: «Si, con métodos puramente científicos, investigamos la evolución del universo material en lo pasado, llegamos finalmente a un estado crítico de cosas más allá del cual las leyes de la naturaleza, como las conocemos, no han podido regir: en otros términos, a una Creación. La física, la astronomía pueden conducirnos a través del pasado hasta el principio de las cosas y mostrarnos que debe haber habido ahí una Creación.»

J. M. Riaza: «La ley de la entropía por su generalidad absoluta pasa a ser... uno de los principios que ocupan el primer lugar entre todas las leyes de la naturaleza por extender su validez a todo el campo de la experiencia humana.» (Ciencia Moderna y Filosofía.)

Rodolfo Clausius: «Ha sido descubierta una ley de la naturaleza, la cual permite deducir con certeza que el universo no sigue un curso circular, sino que cambia su estado siempre en una misma dirección y tiende así a un estado límite.»

Jeans: «La naturaleza condena las máquinas de movimiento continuo y es a priori muy improbable que el universo sea en gran escala un ejemplo del mecanismo por el que ella siente horror. Un examen más profundo de la naturaleza nos lo confirma: la entropía debe crecer incesantemente, no puede permanecer estacionaria, a no ser que haya llegado al punto máximo de su crecimiento. Cuando haya llegado a este punto, será imposible todo proceso ulterior y el universo morirá.» (El Universo Misterioso.)

Helmholtz: «A partir de aquel instante el universo quedará condenado a un reposo eterno.»

Chwolson: «La rigidez inmutable caracteriza el estado final al que sin cesar va acercándose el mundo accesible a nuestros sentidos.»

Boltzmann: «Todos los esfuerzos hechos para salvar al universo de esta muerte térmica han fracasado.»

Max Planck: «Una naturaleza en la que tuviesen lugar fenómenos como el del paso del calor de un cuerpo más frío a otro más caliente... no sería ya nuestra naturaleza. Mientras sea ésta de la que tratemos, haremos mejor en abstenernos de admitir la posibilidad de semejantes hechos y en buscar, por el contrario, por suponerla realizada en el universo, la condición general que excluye de antemano aquellos hechos que están en pugna con la experiencia.»

Hay otros argumentos, aparte del segundo principio de la termodinámica, con los que la

ciencia concluye que el universo tiene una duración temporal limitada; aunque éstos no son tan contundentes como el de la entropía, lo más convincente de ellos es que todos coinciden en el resultado obtenido dentro del grado de error aceptable en este tipo de cálculos.

Dice Weizsäcker (Zum Weltbild der Physik, 1943): «Es sorprendente cómo, por los métodos más diversos, resulta la misma edad para los átomos químicos, las estrellas y las nebulosas espirales. La determinación de la edad de los átomos químicos se basa en los elementos radiactivos uranio y torio. Como estos elementos se desintegran continuamente, es preciso que o se estén formando continuamente o que se hayan formado en una fecha próxima para que no se hayan desintegrado totalmente. La primera hipótesis es ahora muy inverosímil: no conocemos ningún sitio en el cosmos que ofrezca las condiciones físicas requeridas para la formación de uranio y torio. Al decidírnos por la segunda hipótesis, nos resulta para éstos (y creíblemente para todos) los elementos una edad de unos cinco mil millones de años. La edad de las estrellas puede calcularse una vez que se ha descubierto en la radioactividad la fuente de la energía continuamente irradiada por ellas y se puede calcular la rapidez de agotamiento de esa fuente. Así, por ejemplo, de las reservas de hidrógeno y helio del sol, se deduce que éste ha estado irradiando ya algunos miles de millones de años en la forma que ahora; pero no considerablemente más tiempo. Es muy notable la determinación de la edad de las nebulosas espirales. Estas nebulosas producen una desviación espectral hacia la parte roja y tanto más cuanto la nebulosa observada está más distante de nosotros. Este fenómeno significa, según la interpretación corriente, que todas las nebulosas espirales se están distanciando entre sí y de nosotros. Pues la desviación de la luz hacia el rojo se debe a que llegan menos ondas luminosas por segundo que con la luz ordinaria. Una vez que aceptemos esta interpretación, resulta que las nebulosas espirales se expanden entre sí al modo como lo harían los fragmentos de una gran explosión; pues en tal explosión los fragmentos desprendidos más rápidamente, tienen que haber volado lo más lejos tras un transcurso de tiempo: se comprende la relación entre la desviación de la luz y el alejamiento. Si de la velocidad de fuga y de la posición actual de las nebulosas

El caso Galileo y el ateísmo moderno

ELSA HOERLER DE CARBONELL

El año pasado, el Papa Juan Pablo II expresó el deseo, que se examinase de nuevo el caso de la condenación del astrónomo Galileo.

Este deseo provocó sorpresa y alegría.

Más bien sorpresa en los países tradicionalmente católicos, pero alegría en aquellos países donde los católicos tienen que convivir con ateos, sea del tipo liberal o del tipo marxista.

Para los ateos del tipo más bien liberal, el caso Galileo es de una influencia decisiva. Si se les pregunta: «¿Qué tiene Vd. contra la religión?», contestarían con una sola palabra: «Galileo».

Y para los ateos marxistas, el caso Galileo es una justificación de su enemiga contra la religión. Considerando que este célebre caso es una prueba decisiva, que la religión está opuesta a la ciencia, la rechazan y pregonan, que ellos defienden un «ateísmo científico».

Galileo se transforma así en el santo y seña de su ateísmo, y, su recuerdo se aviva con piezas de teatro, como el de Bertold Brecht, que también se estrenó en España.

No nos puede extrañar, que el Papa Juan Pablo II, que ha pasado la mayor parte de su vida en un país marxista, dé tanta importancia a esta cuestión, decidiéndose a enfrentarse con el problema para clarificarlo de una vez.

* * *

Desde luego, esta clarificación y este examen lo tiene que emprender una institución de la

Iglesia de la máxima solvencia, disponiendo de todos los medios para enjuiciar el caso.

Pero, mientras tanto el intelectual católico, que desde sus tiempos de colegial se ha tenido que enfrentar con este problema, no puede evitar de ponerse preguntas y tratar de encontrar respuestas, porque se acordará del día en que su profesor le dictó, o, que él leyó en una enciclopedia:

«Galileo, astrónomo y físico italiano, 1564-1642, defendió el sistema heliocéntrico de Copérnico; la Inquisición le obligó a retractarse.»

* * *

La *primera pregunta* es la siguiente:

El sistema heliocéntrico, es decir, el hecho que la tierra girara alrededor del sol, como los demás planetas, fue descubierto más de cien años antes, por el canónico polaco Copérnico (1473-1543). ¿Por qué el autor nunca fue condenado?

Incluso parece que un ejemplar de su estudio formaba parte de la biblioteca vaticana.

* * *

Tenemos que suponer que la Inquisición apoyó su condenación en un texto de la Biblia. Ahora bien, en la Biblia, en el Viejo Testamento, encontramos dos pasajes que aluden al movimiento del sol y de la tierra:

LA SUMA TEOLOGICA Y SUS CONTRASTES CON LA CIENCIA

espirales se calcula el momento de la explosión inicial, se encuentra uno de nuevo con un resultado de unos cinco mil millones de años desde el punto de partida. Esta coincidencia es tan sorprendente que puede atribuírsele una significación real.»

Reflexión

Es claro que el desprecio de los evolucionistas hacia Santo Tomás, sólo se explica por su ignorancia afectada del doctor angélico, porque

a ellos se les opone mucho más rotundamente la ciencia que la Suma; a nosotros, creyentes, nos confirma en la Fe el saber que ésta no perdería su razonabilidad, aún en el caso de que estas quimeras evolucionistas fuesen ciertas, como ocurría en el espíritu unitario del aquinate. Pero es que además, la existencia de Dios se demuestra con las cinco vías para los que creen en la posibilidad de la generación espontánea de plantas y animales y en la eternidad del mundo; por tanto, para la ciencia moderna Dios existe a fortiori.

uno que dice «qui movit terram de loco suo», y *otro* en el libro de Josué, en el que se describe como Josué hace parar el curso del sol.

Pues, según un pasaje la tierra se mueve, según el otro el sol, no cabe duda, que los dos pasajes parecen contradecirse.

¿Por qué en tiempos de Galileo se olvidó del primer versículo?

A esta *segunda pregunta* podemos aventurar una explicación:

En la Cristiandad de la Edad Media prevalecía la opinión científica de Ptolomeo, es decir, la tierra como inamovible. ¿No era por esto que en aquel tiempo se dejó en el olvido el versículo de la Biblia, que hablaba del movimiento de la tierra, dando la preferencia a la explicación de Josué, que parecía coincidir con la teoría ptolomeica?

En este caso nos encontraríamos con una *adaptación* indebida de unos enunciados de la Biblia a la *explicación «científica»* de su tiempo —la Edad Media—, dejando arbitrariamente caer en el olvido, lo que no coincidía con ella.

* * *

A continuación llegamos a la *tercera pregunta*: ¿El pasaje de la Biblia, que explica cómo Josué hizo parar el curso del sol, significa que el autor cree que la tierra es inamovible y el sol gira?

Esto parece evidente, y, la mera pregunta superflua, pero si reflexionamos y nos fijamos en nosotros mismos, tenemos que constatar, que a pesar de saber que la *tierra* gira, continuamos diciendo: «Ya sale el sol», «el sol ya ha pasado el cenit», «ya baja el sol». Y si estas expresiones que emplean aún hoy día tanto ignorantes como instruidos, no permiten hacer deducciones sobre los conocimientos en astronomía del que las pronuncia, tampoco el párrafo del Libro de Josué nos autoriza a hacer conclusiones sobre las opiniones en materia de astronomía del autor.

Suponiendo, que nuestra civilización quedase sepultada por una catástrofe y redescubierta después de milenios, y, que los investigadores de aquellos tiempos cometiesen la misma equivocación y después de Galileo por los científicamente instruidos, entonces aquéllos pretenderían, que a pesar de todas las apariencias, en nuestra época ni siquiera se sabía, que era la tierra la que se

movía y no el sol, porque, en unas cartas descubiertas de uno de los más célebres astrónomos de nuestra época y dirigidas a su esposa desde una excursión, éste escribió:

«Y en el momento de llegar a la cumbre de la montaña, salió el sol», prueba irrefutable de su ignorancia, ya que la expresión correcta hubiera sido «al llegar a la cumbre, la tierra había girado unos grados más de oeste a este».

* * *

Y, finalmente, llegamos a la *última pregunta*: ¿No es Einstein, el que en nuestro siglo ha dado la clave de todo este cúmulo de contradicciones y malentendidos?

Según él, en astronomía, el hombre no puede hacer ningún enunciado sin situarse en un cierto punto de observación:

si este punto de observación, desde el que se habla, es la tierra, entonces se mueve el sol; si en mente traslada su punto de observación al sol, entonces se mueve la tierra; si a la vía láctea, se mueven tanto el sol como la tierra, si se traslada fuera de la vía lactea, todos los tres elementos; y, si se traslada fuera del universo, quizá tanto la tierra, el sol, nuestra galaxia como el mismo universo poseen movimiento.

Según estas explicaciones, los pasajes de la Biblia son correctos:

al hablar desde el punto de vista de Josué —un hombre sobre la tierra—, se dice que se mueve el sol, mientras que

cuando se habla de Dios «que mueve la tierra de su sitio», se habla de un ser fuera del universo.

* * *

Por lo tanto, si, en la Edad Media, en vez de utilizar las Escrituras arbitrariamente para justificar las erróneas ideas científicas de su tiempo, hubieran procedido con más respeto y de una manera más equitativa, hubieran tenido que defender el punto de vista, de que según las Escrituras tanto se podía decir, que la tierra se movía, como que el sol se movía. Seguramente hubieran cosechado, entonces, críticas y burlas, pero más tarde, en nuestro siglo XX, finalmente, se hubiera reconocido lo justificado de estas conclusiones aparentemente tan absurdas.

El Santo Proposito

Este es el título de un libro, debido a la pluma de Fray Antonio de Lugo, colaborador de CRISTIANDAD, que pertenece a la colección «Roca Viva», editado por F. López Prados, en Madrid, 1979.

Se refiere al Decreto sobre la «Adecuada renovación de la vida religiosa» *Perfectae caritatis*, que es, como dice el Obispo de Sigüenza en el prólogo: «uno de los esquemas más serenos, más trabajados, más equilibrados y más logrados de cuantos presentaron a los padres conciliares en el Concilio Vaticano II.

Pero, sigue diciendo el Obispo, «como es conocido que hubo apelaciones al Espíritu del Concilio, cuando determinadas pretensiones que no se podían apoyar en textos conciliares aprobados... y en algunas partes, se celebraron reuniones, asambleas o "concilios", de cacareado fin pastoral y no pocos de sus acuerdos o directrices incidían en la vida religiosa con un signo inspirado en el secularismo imperante en muchas mentes... como las aguas no acababan de encauzarse... el Papa Paulo VI trató de iluminar con su autorizada palabra la verdadera interpretación de la renovación de la vida consagrada a Dios, publicando su «Exhortación apostólica» *Evangelica testificatio*, que trata de «la audacia de algunas transformaciones arbitrarias y la mentalidad preocupada por conformarse precipitadamente a las profundas transformaciones que agitan nuestro tiempo», el P. Fray Antonio de Lugo, de la antigua Orden monástica de San Jerónimo, profundo conocedor de las realidades de nuestro tiempo, ha puesto en su libro, expuesto con gran unción, diferentes aspectos de vida religiosa en XV capítulos tan sugerentes para despertar el sentido del deber, para no desviarse en lo que se refiere a los votos, con sus versiones secularizadas; la necesidad de la Obediencia «*Pro Dei amore*», que muchos hoy se preguntan si todavía sigue en pie; la necesidad de que la vida en común sea en realidad una comunidad de vida; del amor al silencio, de la perseverancia en la oración..., en una palabra, lo necesario para que los religiosos sean lo que les dice el Papa Paulo VI en la *Evangelica testificatio*: «Verdaderamente pobres, hambrientos de santidad, misericordiosos, puros de corazón, sed de aquellos que, gracias a los cuales, el mundo conocerá la paz de Dios», de tal modo que su lectura ilustra perfectamente sobre el verdadero sentido y recta interpretación de cómo se ha de renovar la vida religiosa.

El libro lleva como apéndice el texto completo de la «Exhortación Apostólica "Evangelica testificatio"».

M. A. L. S.

EL BIELDO Y LA CRIBA

EL COMUNISMO DENTRO DE LA IGLESIA

PEDRO MÁRQUEZ GARCÍA

La frase que encabeza este trabajo hubiera sonado como algo inconcebible hace unos años. En la actualidad para un creyente medianamente informado, esto aunque extrañe, no puede menos que admitirse como algo que se está produciendo en la realidad. Son muchos los hechos que podríamos enumerar acaecidos principalmente en los países más católicos: tales hechos son introductores del comunismo en la Iglesia. Con frecuencia las llamadas denuncias proféticas están haciendo participar a los cristianos (sacerdotes, religiosos, seglares...) en la lucha de clases comunista, sirviendo dichas denuncias para comprometer con el comunismo a importantes sectores del catolicismo mundial.

Hechos concretos

Son muy amplios los sectores del catolicismo afectados por el fenómeno que analizamos; por su actualidad nos vamos a referir a la infiltración comunista dentro de la Iglesia Hispanoamericana. Recientemente han sucedido los sangrientos acontecimientos de El Salvador: El asesinato del arzobispo Romero. Dicho asesinato es un sacrilegio por completo rechazable y muy triste, pero la propaganda del asesinato y la utilización del cadáver como bandera nos está mostrando la presencia del comunismo. También debemos tener en cuenta la profanación de la Basílica

de Guadalupe (México) por elementos comunistas; la profanación fue desautorizada por la jerarquía eclesiástica de la ciudad. Todo esto nos indica un triste fenómeno: la presencia del comunismo dentro de algunos ambientes eclesiales.

También es algo claro que al marxismo no le interesa hoy abandonar la Iglesia. A pesar de que con su ateísmo materialista y su lucha de clases, se pone en oposición radical a la fe y a la doctrina de Cristo.

El comunismo hoy está utilizando esas relecturas del Evangelio rechazadas por el Papa Juan Pablo II en Puebla. Relecturas consistentes en profanar la Palabra de Dios, aplicando la lucha de clases a cada uno de los hechos bíblicos en beneficio de la doctrina del proletariado. De esta forma se mostrará a Jesús como un comprometido políticamente luchando contra la dominación romana y contra los poderes establecidos, aplicando la lucha de clases, otro hecho semejante es utilizar a la Virgen en favor del comunismo aplicando el Magnificat a la lucha de clases.

Doctrina oficial de la Iglesia

La doctrina Pontificia contraria al comunismo marxista es exhaustiva desde el siglo XIX hasta nuestros días.

¡Todos, absolutamente todos los Sumos Pontífices, desde Pío IX hasta Juan Pablo II, han

rechazado como incompatible al marxismo con la fe católica!

Una causa importante

Si la doctrina de la Iglesia es clara en cuanto a la incompatibilidad del marxismo con catolicismo. ¿Porqué estos hechos dentro de la Iglesia, incluso de algún miembro de la jerarquía favorecedores del comunismo? Admitimos, aunque sin generalizar las denuncias hechas por el ex-jefe comunista español Enrique Castro Delgado, que afirmó: «Existen agentes comunistas, ordenados sacerdotes para dañar a la Iglesia». Estas denuncias y algunas más que se han producido, probablemente sean ciertas; pero el hecho que analizamos es tan complejo y profundo que necesita de otras causas, para su explicación.

Un mundo marxista sin saberlo

Vivimos en un mundo marxista sin saberlo; es decir, el espíritu general de la civilización moderna, su estilo de vida, su dialéctica..., disponen todo, preparan todo, la sociedad, los cerebros y los corazones de manera que el marxismo se desarrolla en ellos fatalmente.

¡Cuántos anticomunistas son marxistas «en potencia»! Sólo les falta para serlo en acto esa toma de conciencia que multiplicaría sobre el terreno su dinamismo revolucionario. Insistien-

do: la civilización moderna en lo que tiene de cotidiana, de familiar nos coloca en un clima implícitamente marxista, en el que no falta más que una toma de conciencia, una inserción voluntaria para serlo explícitamente (1).

Teniendo en cuenta que vivimos en una civilización que es marxista sin saberlo, sucede que muchos católicos (sacerdotes, religiosos, seculares...) —con frecuencia superficialmente formados—, están impregnados de criterios comunistas. Vemos que muchos creyentes se comprometen y colaboran con los comunistas bajo pretexto de luchar los dos (comunistas y católicos) por el mismo fin: La promoción de los pobres. Dichos católicos no aprecian y olvidan que el comunismo es esencialmente mentiroso y aunque pone como pretexto y bandera el bien de los pobres, no intentan su bien; utilizan a los pobres como fuerza de choque para crear una sociedad esclava y una nueva clase: dirigente y poseedora de todo. Esta clase explotadora y dueña de casi todo, es la clase dirigente de la que habló el ex-comunista yugoslavo Milovan Djilas en su libro: «La nueva clase».

¿Por qué esta superficialidad de los dirigentes católicos, incluso de sacerdotes tan permeables a las ideas marxistas?

Olvido y rechazo del tomismo

Por desgracia durante años se han dado una formación muy superficial —por no decir errónea— en bastantes facultades de la Iglesia (teología y filosofía). Ya en 1950 Pío XII al denunciar algunos errores filosóficos decía: «No hay pues que admirarse de que estas novedades hayan producido frutos venenosos en casi todos los tratados de la teología» (*Humani Generis*).

Los Papas han señalado siempre, como guías seguros para mantenerse en la verdad: La filosofía y teología de santo Tomás. No se les ha hecho caso y de aquí viene la mala formación de muchas personas consagradas, fácilmente permeables a esta avalancha de errores. Un ejemplo indicador es la prohibición hecha al gran pensador tomista P. Libertore al que se le impidió durante años por parte de las autoridades de su orden enseñar a Santo Tomás (2).

El hecho es uno entre muchos que nos indican: Como en muchas facultades eclesiásticas no se ha enseñado el Tomismo a pesar de los insistentes mandatos de los Papas. Profundizando sobre lo mismo, tenemos la gran importancia dada en distintos centros eclesiásticos a la figura de Karl Rhaner.

A este teólogo se le puede considerar como un destructor del Tomismo y de la metafísica tomista, dejando en crisis al pensamiento católico así fácilmente influyente por el marxismo (3). Según nos muestra el P. Poradowski en su estudio, la marxistización de la teología: El abandono del Tomismo favorece la introducción del marxismo dentro de la Iglesia al dejar a los católicos indefensos frente al marxismo y otros errores contemporáneos (4).

Remedios contra el marxismo

1. El primer remedio debe ser sobrenatural: La oración, el rosario, la conversión de los pecados; teniendo en cuenta las palabras de la Virgen aparecida en Fátima 1917, el mismo año en que el comunismo comenzaba a triunfar en el mundo: Rusia.

2. Fidelidad al Magisterio del Papa.

3. Vuelta al estudio de la filosofía y teología de Santo Tomás.

Hasta aquí esta reflexión sobre uno de los principales problemas más de la Iglesia:

¡El comunismo dentro de la Iglesia!

(1) Marxismo Leninismo.

(2) Revista «CRISTIANDAD». *Lauria*, 19, Barcelona.

(3) Revista «Verbo Poradowski».

(4) La marxistización de la teología.

EL CORAZON DE JESUS MISTERIO VIVIFICANTE DE NUESTRA FE

Después de doscientos años, contemplamos con nuestra admiración y gratitud la iniciativa de nuestros antepasados, que solicitaron de la Santa Sede la introducción de la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús. Vemos en ello uno de los frutos del bautismo que Polonia recibió el año 966. De esta manera se abren amplias posibilidades a la acción del Corazón del Hombre-Dios, a su obra en los corazones humanos y a su solicitud por la suerte de todas las sociedades, según lo que proclama el Introito de la Solemnidad del Sagrado Corazón: «A través de las generaciones, los deseos de su corazón son salvar las almas que se pierden y alimentar a los que tiene hambre.» Frente a los corazones de los hombres, que a menudo sufren angustia y frente a la humanidad probada, se encuentra en lo alto de la cruz, el Corazón del Hombre-Dios, abierto por la lanza del centurión. Abierto para todos los que se abren a El.

Sintiendo profunda gratitud para con todos los que nos hicieron accesible el misterio vivificante de nuestra fe, no dejamos de sacar de ésta todo cuanto en ella se esconde. Cristo dijo, en efecto: «Quien tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí.»

(De la Pastoral del 11 de junio de 1965
de Monseñor Karol Wojtyła, Arzobispo de Cracovia.)

Citado por Szeslaw Drazek en «Polonia y la fiesta litúrgica del Sagrado Corazón». COR CHRISTI pág. 42 a 59. Instituto Internacional del Sagrado Corazón de Jesús, Delegación latino-americana, BOGOTA (Colombia).